

La transarealidad de las literaturas del mundo. Latinoamérica entre Europa, África, Asia y Oceanía

The Transareality of Literatures of the World. Latin-America between Europe, Africa, Asia and Oceania

Ottmar Ette

(Universität Potsdam)

ette@uni-potsdam.de

Traducción: Rosa María S. de Maihold

RESUMEN

En un ámbito de entrecruzamientos transculturales altamente vectorizado como América Latina, una filología de carácter transareal puede lograr resultados pioneros que contribuyan a que se analicen con ojos críticos los residuos, en parte racistas, de las filologías nacionalistas fundadas en el siglo XIX, para poder deshacerse de ellos. El saber almacenado en las literaturas del mundo puede fungir como correctivo para patrones de percepción limitados por las disciplinas y poner de relieve las interrogantes que se formularán desde el punto de vista transdisciplinar. Partiendo de ahí, el presente artículo aspira a analizar de qué forma se podría pensar Latinoamérica entre África, Europa, Asia y Oceanía, para que de ello resulte, en el sentido de una investigación fundamental, una nueva interpretación de las relaciones transareales.

Palabras clave: literaturas del mundo; transarealidad; Latinoamérica; globalización; perspectiva histórico-dinámica.

ABSTRACT

In a highly vectorized environment of transcultural intersections such as Latin America, a *transarea* philology can achieve pioneering results that contribute to analyzing critically the residues, partly racist, of the nationalist philologies founded in the 19th century, in order to get rid of from them. The knowledge stored in the literatures of the world can surely serve as a corrective for patterns of perception limited by the disciplines and highlight the questions that will be formulated from the transdisciplinary point of view. Starting from there, this article aims to analyze how Latin America could be thought of between Africa, Europe, Asia and Oceania, so that it results, in the sense of fundamental research, a new interpretation of the *transarea* relations.

Keywords: literatures of the world; transareality; Latin-America; globalization; historical-dynamic perspective.

LAS literaturas del mundo son polilógicas. Ya el término “literaturas del mundo” nos revela que las formas de producción, de recepción y de distribución de la literatura a escala planetaria no se alimentan sólo de una “fuente”, no se pueden reducir a una única línea de tradiciones –entre otras, la occidental–, sino remiten a las áreas culturales más diversas, los tiempos más heterogéneos y los ámbitos lingüísticos más variados. A diferencia del término de *literatura universal*, acuñado por Goethe, la expresión de las *literaturas del mundo* ante este telón de fondo no se orienta en un entendimiento mediador entre Poniente y Levante, entre Occidente y No-Occidente, que en el mejor de los casos resulta ser dialógico, sino en una comprensión y vivencia polilógica de un saber que nunca puede ser reducido a una sola lógica. La *literatura universal*, que Goethe sacara a colación con tanta vehemencia y firmeza en contra del término *literatura nacional*, desde el punto de vista actual se puede describir como perteneciente a una época que desde hace mucho ha rebasado su cenit histórico y ha sido acuñada tanto en su *llegado-a-ser* histórico (*historischen Gewordensein*) como en su *llegado-a-ser* historia (*Historisch-Gewordensein*) por nuevos horizontes (de la escritura, de la lectura, de la teoría), que ya no se orientan en un solo foco de atención, en un solo meridiano de una única literatura englobadora.

A los tradicionales (e imprescindibles) estudios de área se les han unido desde hace algunos años los estudios transareales¹, que ya no descansan sólo en fundamentos histórico-espaciales, sino también en cimientos histórico-dinámicos. El propósito de los estudios transareales de perfil tanto científico-literario como científico-cultural no es únicamente una representación lo más precisa posible de la realidad global, sino asimismo (y quizás mucho más) la captura y presentación polilógica y multivocal de realidades vividas y por vivir a escala global. Aquende y allende la dimensión de comparación, transferencia e imbricación², la

¹ Véase aquí: Ette, Ottmar. *TransArea. Eine literarische Globalisierungsgeschichte*. Berlin-Boston, Walter de Gruyter, 2012.

² Cfr. Werner, Michael y Zimmermann, Bénédicte. “Vergleich, Transfer, Verflechtung. Der Ansatz der ‘Histoire croisée’ und die Herausforderung des Transnationalen”. *Geschichte und Gesellschaft* (Göttingen), n.º 28, 2002, pp. 607-636.

constelación de un saber y una ciencia transareal busca una poética del movimiento que sea capaz de captar procesos fundamentales y complejos³ en sus relaciones de vida múltiples y contradictorias tanto desde la perspectiva transdisciplinar como del enfoque múltiple⁴.

Las relaciones de enfoque transareal no permiten que se genere nada “ajeno” que pueda deslindarse claramente de lo “propio”; no tienen obligación alguna de tomar en consideración lógicas alterizantes o gestos de discriminación entre supuestos centros y presuntas periferias. Los estudios transareales se interesan particularmente por las relaciones sur-sur, muchas veces de carácter transtropical, pero al mismo tiempo tratan de reflejar los reacoplamientos a “el” Norte captados en su historia del movimiento y con ello diseñar una historia globalizante de múltiples perspectivas. Desde hace algunos años se puede encontrar un extenso número de estudios que se dedican a investigar no sólo las relaciones árabe-americanas, sino en gran medida también los vínculos americano-africanos, los americano-europeos o los americano-asiáticos, cuyos entramados móviles configuran de forma transareal el espacio hemisférico de las Américas y asimismo de algunas naciones o estados nacionales⁵. Es

³ En cuanto al término del sistema fundamental y complejo, véase Cramer, Friedrich: *Chaos und Ordnung. Die komplexe Struktur des Lebendigen*. Frankfurt am Main - Leipzig: Insel Verlag 1996, p. 223.

⁴ Cfr. no solamente para el significado histórico-disciplinario de un enfoque nuevo epistemológico de tal índole, sino también para la relacionalidad específica de las culturas y las literaturas románicas, el reciente estudio de Ette, Ottmar: *Zukünfte der Romanistik im Lichte der TransArea Studien*. En: Lamping, Dieter (ed.): *Geisteswissenschaften heute. Die Sicht der Fächer*. Stuttgart: Alfred Kröner Verlag 2015, pp. 92-116.

⁵ Cfr. para ello, entre otros, Braig, Marianne / Ette, Ottmar / Ingenschay, Dieter / Maihold, Günther (eds.): *Grenzen der Macht - Macht der Grenzen. Lateinamerika im globalen Kontext* (2005); Birle, Peter / Braig, Marianne / Ette, Ottmar / Ingenschay, Dieter (eds.): *Hemisphärische Konstruktionen der Amerikas* (2006); Ette, Ottmar / Pannewick, Friederike (eds.): *ArabAmericas. Literary Entanglements of the American Hemisphere and the Arab World* (2006); Phaf-Rheinberger, Ineke / Oliveira Pinto, Tiago de (ed.): *AfricaAmericas. Itineraries, Dialogues, and Sounds*. Madrid - Frankfurt am Main: Iberoamericana - Vervuert 2008; Ette, Ottmar (ed.): *Caribbean(s) on the Move - Archipiélagos literarios del Caribe*. A TransArea Symposium. Frankfurt am Main - New York - Oxford: Peter Lang Verlag 2008; Ette, Ottmar / Ingenschay, Dieter / Maihold, Günther (eds.): *EuropAmerikas. Transatlantische Beziehungen*. Frankfurt am Main - Madrid: Vervuert - Iberoamericana 2008; Ette, Ottmar / Nitschack, Horst (eds.): *Trans*Chile. Cultura - Historia - Itinerarios - Literatura - Educación. Un acercamiento transareal*. Madrid - Frankfurt am Main: Iberoamericana - Vervuert 2010; Ette, Ottmar / Müller, Gesine (eds.): *Caleidoscopios coloniales. Transferencias culturales en el*

precisamente en un ámbito de entrecruzamientos transculturales altamente vectorizado como América Latina, donde una filología de carácter transareal puede lograr resultados pioneros que contribuyan a que se analicen con ojos críticos los residuos, en parte racistas, de las filologías nacionalistas fundadas en el siglo XIX, para poder deshacerse de ellos⁶. El saber almacenado en las literaturas del mundo, al que entre otros pueden recurrir los estudios transareales, seguramente puede fungir como correctivo para patrones de percepción limitados por las disciplinas y poner de relieve las interrogantes que se formularán desde el punto de vista transdisciplinar. ¿No podría decirse con las palabras de Roland Barthes, que la literatura “*toujours en avance sur tout*” (Barthes 167), siempre está un paso adelante de todo lo demás, incluso de las ciencias y por ende entraña un tesoro de experiencias, conocimientos y vivencias, que aún está por descubrir y desenterrar desde la ciencia y la ciencia de la vida? Pero, ¿de qué forma se podría pensar Latinoamérica entre África, Europa, Asia y Oceanía desde el punto de vista de la historia del movimiento, para que de ello resulte, en el sentido de una investigación fundamental, una nueva interpretación de las relaciones transareales? Los siguientes ejemplos quieren ser una contribución a ello.

Caribe del siglo XIX. Kaléidoscopes coloniaux. Transferts culturels dans les Caraïbes au XIXe siècle. Madrid - Frankfurt am Main: Iberoamericana - Vervuert 2010; Ette, Ottmar / Mackenbach, Werner / Müller, Gesine / Ortiz Wallner, Alexandra (eds.): *Trans(it)Areas. Convivencias en Centroamérica y el Caribe. Un simposio transareal.* Berlin: edition tranvía - Verlag Walter Frey 2011; Ette, Ottmar / Müller, Gesine (eds.): *Worldwide. Archipels de la mondialisation. Archipiélagos de la globalización. A TransArea Symposium.* Madrid - Frankfurt am Main: Iberoamericana - Vervuert 2012; Ette, Ottmar / Mackenbach, Werner / Nitschack, Horst (eds.): *TransPacífico. Conexiones y convivencias en AsiAméricas. Un simposio transareal.* Berlin: Verlag Walter Frey - edition tranvía 2013; así como Ette, Ottmar / Müller, Gesine (eds.): *Paisajes vitales. Conflictos, catástrofes y convivencias en Centroamérica y el Caribe. Un simposio transareal.* Berlin: Verlag Walter Frey - edition tranvía 2014; Ette, Ottmar / Müller, Gesine (eds.): *Paisajes sumergidos. Paisajes invisibles. Formas y normas de convivencia en las literaturas y culturas del Caribe. Un simposio transareal.* Berlin: Verlag Walter Frey - edition tranvía 2015.

⁶ Cfr. Messling, Markus / Ette, Ottmar (eds.): *Wort - Macht - Stamm. Rassismus und Determinismus in der Philologie des 19. Jahrhunderts.* München: Wilhelm Fink, 2013.

1. Al-Hassan ben Mohammed ben Ahmed al-Wazzan al-Gharnati al-Fassi alias Giovan Leone Affricano alias Leo Africanus

Dediquémonos en un primer momento a la primera fase de la globalización acelerada, que se llevó a cabo bajo el signo de la expansión del poder ibérico en las postrimerías del siglo XV y se prolongó hasta mediados del siglo XVI. Cuando apareció en el año 1550 en la ciudad lacustre de Venecia la colección de *Navigazioni et Viaggi* de Giovanni Battista Ramusio, parecía como si ella fuera un primer intento por realizar un balance de esta fase de consecuencias tan trascendentales para la historia global. En dicha recopilación aparece por primera vez, además de las *Navigazioni* del “gentiluomo veneziano” Alvise da Cadamosto, de la circunnavegación de Vasco da Gama y otros textos literarios de viajes sobre el Nuevo Mundo, una obra de un autor árabe sobre el África⁷. La colección de Ramusio, que tuvo un enorme impacto no solamente en sus coterráneos, sino también en épocas posteriores a lo largo de los siglos⁸ no separaba –tal y como sucediera con tanta “naturalidad” en épocas posteriores– los viajes al Nuevo Mundo de otros viajes a Asia o al África, sino permitía que surgiera un panorama transtrópico (y sobre todo histórico-dinámico), que correspondía con mayor fidelidad a las dimensiones del mapamundi de Juan de la Cosa, a la conciencia de mundo de Pietro Martire d’Anghiera y con ello también a los primeros cartógrafos e historiadores del Nuevo Mundo. A mediados del siglo XVI, esta recopilación inmensamente informativa del veneciano ponía de relieve los trópicos de forma transareal, un espacio de movimiento (*Bewegungs-Raum*) planetario de la extensión europea.

La descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay, que publicara y corrigiera Ramusio en 1550, daba noticia del interior del continente africano, en aquel entonces casi desconocido por los europeos; una obra, que sirvió de

⁷ Véase la 3a. edición accesible de la impresión de *La Descrittione dell’Africa*. En: Ramusio, Giovanni Battista (ed.): *Navigazioni et Viaggi*. Venezia: Giunti 1563, pp. 11-95v.

⁸ En cuanto a la impresionante historia de las repercusiones de las numerosas ediciones y traducciones de Ramusio, tomando en consideración la historia efectista del viajero árabe véase Rauchenberger, Dietrich: *Johannes Leo der Afrikaner. Seine Beschreibung des Raumes zwischen Nil und Niger nach dem Urtext*. Wiesbaden: Harrassowitz 1999, p. 1 y en especial pp. 152 ss.

texto de referencia en Europa sobre ese mundo hasta los tiempos de Mungo Park. Su autor no era otro que al-Hassan ben Mohammed ben Ahmed al-Wazzan al-Gharnati al-Fassi, cuya fecha de nacimiento se calcula entre diciembre de 1494 y agosto de 1495, esto es, poco después⁹ de la conquista de la capital del reino nazarí, Granada, en 1492 y a quien se le perpetuara en libros de historia y en enciclopedias bajo el nombre de Giovan Leone Africano o también Leo Africanus. El nombre completo en árabe del futuro redactor de las *Descrittione dell’Africa* contiene las referencias a aquellos lugares en los que vivió el granadino, a quien se le bautizara con el nombre cristiano Juan León, que le asignara el Papa Leo X el 6 de enero de 1520, esto es, en el primer aniversario de la toma de Granada por los Reyes Católicos. No causa sorpresa entonces, que el hombre de los múltiples nombres fuera considerado desde el inicio un viandante entre los mundos o nómada entre las culturas¹⁰ y, a inicios del siglo XVI, contara entre las figuras de mayor atracción en el mundo. Con toda razón, Ramusio incluyó en su compilación el manuscrito, al que probablemente tuvo acceso en Venecia, del viajero bautizado con los nombres de aquel Papa Médici de refinados gustos artísticos.

La descripción de la ciudad de El Cairo, que al-Hassan al-Wazzan conocía de sus múltiples estadías largas en el lugar, se amolda a un círculo de lectores por lo menos doble –occidental y oriental– con explicaciones acerca del origen del nombre y descripciones muy elocuentes de la grandeza de su emplazamiento y la abundancia de mercancías y artículos de lujo reunidos detrás de sus muros:

La fama proclama que El Cairo es una de las más grandes y admirables ciudades del mundo. Os describiré minuciosamente su aspecto y situación, soslayando cuantas falacias se propagan al respecto. [...] Afirmando que la ciudad, quiero decir la parte amurallada, contiene unos 8.000 hogares, donde vive la gente de mejor condición, donde afluyen las riquezas procedentes de todas partes [...] La ciudad tiene un buen número de artesanos y

⁹ No obstante, el editor y traductor francés de al-Wazzan, Alexis Epaulard, ubica su probable fecha de nacimiento en 1489. Cfr. Rauchenberger, Dietrich: Johannes Leo Africanus, op.cit., p. 11 y 35; asimismo Redouane, Najib: Histoire et fiction dans “Léon l’Africain” d’Amin Maalouf. En: *Présence francophone* (Sherbrooke, Québec) 53 (1999), p. 78.

¹⁰ Aunque se remonta a una larga tradición, últimamente esta formulación se encuentra hasta en títulos como el de Davis, Natalie Zemon: *Trickster Travels. A Sixteenth-Century Muslim between Worlds*. New York: Hill and Wang 2006.

mercaderes, establecidos sobre todo en la calle que conduce de Beb en Nasre a la Puerta de Zuaila, donde se encuentra la mayor parte de la nobleza de El Cairo y donde se alzan varios colegios admirables por sus dimensiones y la belleza de su construcción y ornamento, así como varias mezquitas espaciosas y muy bellas [...] Después de este colegio se encuentran las alhóndigas de telas y cada una contiene una gran cantidad de tiendas; en la primera se venden tejidos extranjeros de primera calidad, tales como la tela de Bahlbach, de algodón y de extrema finura, y las telas de Mosal, es decir de Ninoa, admirables en suavidad y reciedumbre; todos los grandes personajes y la gente distinguida hacen con ellas sus camisas y el velo del turbante; vienen a continuación las alhóndigas donde se venden las más bellas telas de Italia, tales como el raso adamascado, los terciopelos, los tafetanes y los brocados. Puedo afirmar que no las he visto tan buenas en Italia, donde las fabrican. Más lejos están las alhóndigas de telas de lana, las cuales provienen también de todos los países de Europa: paños de Venecia y Mallorca, florentinos y de Flandes y más allá camelotes, etc. Cerca de esta calle, en un fondac llamado Can el Halili, viven los negociantes persas; el edificio parece el alcázar de un gran señor por lo alto y sólido, con tres pisos; en el bajo se hallan las habitaciones donde los negociantes reciben a sus clientes e intercambian mercancías de gran valor; sólo los mercaderes de posibles disponen de espacio en el fondac y sus mercancías se componen de especias, piedras preciosas, tejidos de la India tales como el crespón, etc.

Al otro lado de la calle principal existe un barrio donde están los mercaderes de perfumes: algalia, almizcle, ámbar y benjuí, [...] donde están establecidos los orfebres, judíos por cuyas manos pasan riquezas enormes (Juan Leo Africano 313-314).

Juan León Africano alias al-Hassan al-Wazzan vio con sus propios ojos la opulencia del reino de El Cairo; sin embargo, también presenció el hundimiento de esta ciudad a orillas del Nilo con la conquista por las tropas turcas del sultán Selim. En su crónica, en sus recuerdos, renace la plenitud de un mundo de comercio transareal (aquí reproducido en fragmentos), cuyas rutas comerciales, en parte milenarias, se enlazaban en puntos nodales como El Cairo, Fez o Constantinopla. Con un elaborado sistema clasificadorio y una impresionante abundancia de detalles, el escritor granadino diseña la conciencia de mundo (*Weltbewußtsein*) de un mundo viejo en un momento, en que las nuevas rutas marítimas y las potencias navales de Occidente estaban a punto de establecer nuevas reglas de juego y nuevos polos de poder. El mundo que describiera Juan León Africano está a punto de extinguirse y esto no sólo a causa de la hegemonía turca cada vez más agobiante en el Mediterráneo oriental. Pero el cuadro

literario de Giovan Leone nos devela de forma contundente la polirrelacionalidad transareal de este universo mediterráneo.

Así se evoca, en el entrecruzamiento de Oriente y Occidente, del África, Asia y Europa, un espacio del viejo mundo, en el que aparentemente conviven y coexisten en paz los diferentes pueblos y culturas. En esta diégesis veteromundial de cuño literario viajero se evoca un universo, de cuya violencia tenía conocimiento aquel que fue expulsado con toda su familia de Granada, y con la que se confrontara no sólo en el ámbito transmediterráneo del campo de tensiones entre Oriente y Occidente, sino asimismo en aquellas regiones lejanas en el interior del continente africano que cruzara más de una vez. Había muy pocos viajeros árabes que conocían tan a fondo como él aquel espacio interior del continente africano, del que los portugueses y los españoles y toda la Europa cristiana apenas tenían una idea muy vaga.

El texto que dio a conocer Giovanni Battista Ramusio fue redactado por al-Wazzan en lengua italiana entre 1524 y 1526 y era evidente que se encontraba bajo el signo de la tan trascendental expansión europea en el contexto de la primera fase de globalización acelerada. El primero de sus viajes más prolongados llevó a al-Hassan en los años 1507 y 1508 a Constantinopla, a Mesopotamia, a Armenia, Persia y Tartaria (Schubarth-Engelschall 7-18). El segundo viaje lo realizó con su tío alrededor de 1510 a través del Sáhara a Tombuctú, hacia donde había sido enviado su pariente en misión diplomática. Su tercer viaje, probablemente realizado entre 1512 y 1514 le llevó una vez más a través del Sáhara a Tombuctú, aunque de allí se encaminó hacia los reinos hausa y el territorio del lago del Chad y siguió en dirección al este para llegar a Egipto. El cuarto y último viaje largo llevó a al-Hassan de nuevo al norte del África y aquel territorio que hoy en día, desde nuestra perspectiva eurocentrista, solemos llamar el Cercano o Medio Oriente.

De Egipto, el creyente musulmán realizó un viaje de peregrinación a La Meca para comenzar desde allí su viaje de retorno. Pero ya no llegará a Fez. Es probable que durante una incursión a la isla mediterránea de Djerba, los corsarios cristianos a mando de Pedro de Bobadilla le tomaron preso y lo llevaron en el año 1518 como esclavo a Italia. Allí lo ofrecieron como regalo vivo –algo nada inusual en la época– al papa Leo X, quien es famoso por su

corte dispendiosa y su fomento del arte. Ésta fue la incisión que convirtió al granadino en africano y le dio la oportunidad de entrar en contacto directo con aquel saber que se recopilaba y difundía precisamente en Italia sobre el Nuevo Mundo.

Muy pronto el joven granadino, quien de nuevo se encontraba en el lado norte del Mediterráneo, se vio en el papel de mediador y traductor entre el mundo occidental y el Levante. Al ser un musulmán oriundo de Granada, al-Hassan al-Wazzan sin lugar a dudas había crecido teniendo un contacto más o menos estrecho con el árabe y sus variantes, el bérbero, el español y las distintas mezclas entre todas estas lenguas. En sus extensos viajes había conocido un sinnúmero de lenguas africanas, antes de que se le instruyera en el Castillo Sant'Angelo el latín y el italiano y él comenzara a leer libros y manuscritos en esas lenguas "occidentales". Como erudito y lector políglota tenía una gran sensibilidad por las distintas formas de los fenómenos lingüísticos inter- y translingües, así como también por contactos lingüísticos asimétricos y las más diversas problemáticas de traducción.

En sus *Descripciones* no solamente habla de los linderos geográficos y topográficos, del clima y suelo, de la vegetación y productos de cultivo, de los grandes ríos, de los animales característicos del continente, de los distintos pueblos y sus artículos de comercio, sino también de rasgos culturales diferenciadores, que anota y analiza sobre todo desde el punto de vista lingüístico. Así "en todas las ciudades del África, entendiendo las marítimas sobre la mar Mediterránea hasta el monte Atlas, todos los que allí habitan hablan generalmente una lengua arábiga corrompida; menos en toda la extensión del reino de Marruecos, y en el mismo Marruecos, donde se habla la lengua berberisca" (Juan Leo Africano 65).

No obstante, en estos precisos "paisajes" cercanos al Mediterráneo ya habían aparecido los primeros síntomas de una enfermedad desconocida ahí, que con toda razón se podría denominar la principal epidemia de la primera fase de la globalización acelerada: la sífilis. Juan León Africano asimismo le adjudica esta enfermedad de propagación pandémica siempre al otro, a lo ajeno. No obstante, nos acercaremos por medio de él a la discusión imperante en aquel momento acerca de la epidemia de veloz propagación a nivel global –que fuera de Francia se denominaba *morbo gallico*, la enfermedad francesa, que los

portugueses llamaban la peste castellana y los escoceses consideraban más bien una enfermedad noruega— desde un enfoque transareal, tal y como se puede hallar *in nuce* en la colección de Ramusio. Giovan Leone Affricano se sumaba más bien a los rumores que cursaban en el mundo árabe:

Del llamado en Italia mal francés no creo que se haya librado en Berbería ni la décima parte de su gente, y suele presentarse con dolores, pústulas y llagas profundas, de las que sin embargo muchos sanan; cierto que entre el campesinado y los montañeses del Atlas no se da apenas dicho mal. Similarmente, en toda Numidia, o sea, el país de los dátiles, nadie hay que lo padezca, y lo mismo en Libia o en la Tierra de Negros, cuyo aire cura y los deja limpios como a un pez; he visto con estos ojos a casi un centenar de personas que, sin otra medicina, con el solo cambio de aires, han sanado. Esta dolencia no existía antiguamente en el África, ni nadie allí la había oído siquiera nombrar. Dio comienzo en el tiempo en que Fernando, rey de España, expulsó de ese país a los judíos, muchos de los cuales bajaron a Berbería infestados de dicho mal y, al yacer con sus mujeres algunos desgraciados moros rijosos, quedaron contagiados y, de unos a otros, fueron plagando Berbería, en la que no se encuentra familia que, antes o después, se haya visto libre de tal enfermedad. Los primeros enfermos fueron tenidos por leprosos, expulsados de sus casas y forzados a vivir con los leprosos. Pero cuando se vio aumentar a ojos vistas el número de infectados y que el mal había alcanzado a multitudes sin cuento en toda España, los enfermos continuaron su vida normal y aquellos expulsados de sus casas retornaron de inmediato. Hasta tal punto tienen por cosa cierta su llegada de España que ellos la llaman mal de España, aunque los tunecinos le dicen mal francés al igual que los italianos, entre los cuales se ha hecho sentir muy cruelmente durante algún tiempo. Especialmente en Túnez ha causado una auténtica hecatombe (Juan Leo Africano 81-82).

Aquí se ponen de relieve de una forma muy dramática las dimensiones transmediterráneas —las que cruzan el Mediterráneo— de una relacionalidad transareal, que determinarán, en el nivel de los miedos ante la globalización, las reacciones tanto en la segunda, tercera o cuarta fase de globalización acelerada, incluyendo el virus del Ébola. Las acusaciones que acompañan tales relaciones de intercambio son siempre circunstancialmente intercambiables. No obstante, desde nuestro nivel de conocimiento actual, la propagación de la sífilis muestra claramente los indicios de la primera fase de globalización acelerada, que afecta retroactivamente al Mediterráneo, que se comprende como un espacio del que parten las expansiones globalizantes más

significativas. Es así, porque si de un lado del confín del mundo los turcos estaban a punto de controlar todas las rutas del comercio entre Europa y Asia, en el otro confín del mundo las potencias ibéricas tenían el dominio también y precisamente sobre los países de las especias. En unas cuantas décadas el mundo era otro y el Mediterráneo se había convertido *también* en intersección entre Europa, África, Asia y América.

2. Garcilaso de la Vega, el Inca

En una de las mezquitas más suntuosas del mundo islámico, dentro de la que se construyó con toda furia y violencia autosuficiente y con pleno orgullo de vencedor una enorme catedral cristiana, cierto Don Gómez Suárez de Figueroa adquirió aquella *Capilla de las Ánimas del Purgatorio*, que casi siempre pasa desapercibida¹¹ al ojo del visitante de la *Mezquita Catedral de Córdoba*. Cuando el noble español oriundo de los Andes de Sudamérica murió en el año 1616, sus restos fueron sepultados en esta capilla. Y una inscripción revela a este hombre y el nombre, bajo el que sigue gozando fama hasta el día de hoy:

El Inca Garcilaso de la Vega, varón insigne, digno de perpetua memoria. Ilustre en sangre. Perito en letras. Valiente en armas. Hijo de Garcilaso de la Vega. De las Casas de los duques de Feria e Infantado y de Elisabeth Palla, hermana de Huayna Capac, último emperador de las Indias. Comentó La Florida. Tradujo a León Hebreo y compuso los Comentarios Reales. Vivió en Córdoba con mucha religión. Murió ejemplar. Dotó esta capilla. Enterróse en ella. Vinculó sus bienes al sufragio de las Animas del Purgatorio. [Son Patronos perpetuos los señores Deán y Cabildo de esta Santa Iglesia. Falleció a 22 de abril de 1616. Rueguen a Dios por su ánima] (Mataix SP).

El insigne varón aquí sepultado, que dejara adornar la verja artística en la entrada a su capilla con el distintivo de su origen incaico, no es nadie más que el autor de aquellas grandes obras literarias que allí se enumeran, junto con su trabajo como traductor inter- y transcultural¹², donde el resultado más famoso

¹¹ Aquí recorro en síntesis al subcapítulo “Innenansichten von außen” de mi libro *Viellogische Philologie. Die Literaturen der Welt und das Beispiel einer transarealen peruanischen Literatur*. Berlin: Verlag Walter Frey - edition tranvía 2013.

¹² Véase para ello López-Baralt, Mercedes: *El Inca Garcilaso: traductor de culturas*. Madrid - Frankfurt am Main: Iberoamericana - Vervuert 2011;

fue la traducción de los *Dialoghi* del poeta y médico, Leone Ebreo o Leo Hebraeus alias Jehuda ben Isaar Abravanel. Así, podemos encontrar en la tumba del Inca Garcilaso de la Vega, en un espacio muy estrecho y ajustado, la presencia de rastros incas, islámicos, cristianos y judíos, referencias a Perú y Florida, Italia y España, hallamos al último emperador inca y las ánimas en el purgatorio, a los representantes de la Iglesia católica y el poder terrenal, la insignia de la espada y la pluma. Una pluma, en el sentido de la palabra, incansable, que siempre se esforzó –una última vez en el texto tallado en la piedra– por medir los vectores de una vida; de aquel que, como ningún otro, supo pensar y poner en relaciones recíprocas el Viejo y el Nuevo Mundo con todas sus líneas de tradiciones.

Los biografemas enlistados con todo orgullo en esta inscripción en la entrada a la *Capilla de las Ánimas*, con la referencia genealógica a su padre, el conquistador Sebastián Garcilaso de la Vega, así como a su madre, la ñusta o princesa Isabel Chimpu Oollo, sobrina del inca Túpac Yupanqui y nieta del inca Huayna Cápac, se opone contundentemente a cualquier intento de reducir al Inca Garcilaso de la Vega a una sola ascendencia cultural. No obstante, en el contexto de reflexión aquí propuesto no se trata tanto de la determinación ya canónica de quien naciera en 1539 en Cuzco, en tanto es el “primer mestizo de personalidad y ascendencia universales que parió América” (Sánchez 353), sino por la circunstancia de que aún en el lugar de su eterno descanso se extiendan los vectores de una vida que se encontraba en un campo de fuerzas entre las religiones, entre los reinos, entre las culturas y entre las lenguas¹³, en un movimiento constantemente renovado.

Este campo de fuerzas lo presenta el Inca Garcilaso de la Vega, quien permaneciera las primeras dos décadas de su vida en su ciudad natal, Cuzco y, después de la muerte de su padre en

Jakfalvi-Leiva, Susana: *Traducción, escritura y violencia colonizadora: un estudio de la obra del Inca Garcilaso*. Syracuse: Maxwell School of Citizenship and Public Affairs 1984; Zamora, Margarita: *Languages, authority, and indigenous history in the Comentarios reales de los Incas*. Cambridge: Cambridge University Press 1988.

¹³ Cfr. Fritz, Sabine: Reclamar el derecho a hablar. El poder de la traducción en las crónicas de Guamán Poma de Ayala y del Inca Garcilaso de la Vega. En: Feierstein, Liliana Ruth / Gerling, Vera Elisabeth (eds.): *Traducción y poder. Sobre marginados, infieles, hermeneutas y exiliados*. Frankfurt am Main - Madrid: Iberoamericana - Vervuert 2008, S. 101-120.

1560 viviera 56 años en las ciudades andaluzas, Montilla y Córdoba¹⁴, al lector en aquel “Proemio” que introduce sus famosos y renombrados¹⁵ *Comentarios reales*. Aquí resalta tanto el orgullo por su doble herencia como también su aguda valoración acerca de las relaciones de fuerzas, en la que la crítica a los historiadores españoles no debía rebasar el límite de lo tolerable. Por eso, la argumentación se cimienta en la prudencia y la tenacidad:

Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú, y la de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel imperio, tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado. Verdad es que tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo: pero escríbenlas tan cortamente, que aun las muy notorias para mí (de la manera que las dicen) las entiendo mal. Por lo cual, forzado del amor natural de patria, me ofrecí al trabajo de escribir estos Comentarios, donde clara y distintamente se verán las cosas que en aquella república había antes de los españoles, así en los ritos de su vana religión, como en el gobierno que en paz y en guerra sus reyes tuvieron, y todo lo demás que de aquellos indios se puede decir, desde lo más ínfimo del ejercicio de los vasallos, hasta lo más alto de la corona real. Escribimos solamente del imperio de los Incas, sin entrar en otras monarquías, porque no tengo la noticia de ellas que de ésta. En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella, y que no diremos cosa grande, que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo: que mi intención no es contradecirles, sino servirles de comento y glosa, y de intérprete en muchos vocablos indios que como extranjeros en aquella lengua interpretaron fuera de la propiedad de ella, según que largamente se verá en el discurso de la Historia, la cual ofrezco a la piedad del que la leyere, no con pretensión de otro interés

¹⁴ Véase para ello Lavallo, Bernard: El Inca Garcilaso de la Vega. En: Iñigo Madrigal, Luis (ed.): *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I: *Época colonial*. Madrid: Ediciones Cátedra 1982, pp. 135-143; así como Hilton, Sylvia L.: Introducción. En: *Garcilaso de la Vega: La Florida del Inca*. Madrid: Historia 16 1996, pp. 7-52.

¹⁵ Cfr. González Acosta, Alejandro: Dos visiones de la integración americana: “Comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega” y “Crónica mexicana” de Fernando Alvarado Tezozómoc. En: *América Latina. Historia y destino. Homenaje a Leopoldo Zea*. Tomo III. México: Universidad Nacional Autónoma de México 1993, pp. 49-62; Iniesta Cámara, Amalia: Inca Garcilaso de la Vega y José Carlos Mariátegui: dos fundadores de la peruanidad. En: *Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas* (Mar del Plata) V, 6 - 8 (1996), pp. 149-160; Montiel, Edgar: El Inca Garcilaso y la independencia de las Américas. En: *Cuadernos Americanos* (México) 131 (2010), pp. 113-132.

más que de servir a la república cristiana, para que se den gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen María su Madre, por cuyos méritos e intercesión se dignó la Eterna Majestad de sacar del abismo de la idolatría tantas y tan grandes naciones, y reducirlas al gremio de su Iglesia católica romana, Madre y Señora nuestra. Espero que se recibirá con la misma intención que yo le ofrezco, porque es la correspondencia que mi voluntad merece, aunque la obra no la merezca. Otros dos libros se quedan escribiendo de los sucesos que entre los españoles en aquella mi tierra pasaron, hasta el año de 1560 que yo salí de ella: deseamos verlos ya acabados, para hacer de ellos la misma ofrenda que de éstos. Nuestro Señor, etc. (Garcilaso de la Vega 5).

Si aquí se ha reproducido todo el “Proemio”, es porque en estos renglones se desarrolla de forma compactísima una posición del yo móvil y en constante cambio en su relación con los objetos representados –y en una complejidad, que no se podría transmitir de manera adecuada a través de ninguna historia de transferencias, ninguna *Histoire croisée*. Los numerosos biogramas de esta figura del yo distribuidos en el texto, permiten calcar no solamente un sendero de la vida que lleva de América a Europa, sino mucho más las oscilaciones que condicionan y posibilitan una presentación poliperspectiva de los objetos.

El Inca Garcilaso de la Vega logra allí, gracias al constante enlace entre la escritura y la vida, representar la historia por él diseñada desde una perspectiva de la historia vivida de una manera tal que el propio saber de vida (*Lebenswissen*) de la figura del yo entra en una correlación íntima con formas de saber y representar abstractas, esto es, “calcadas” de un conocimiento directo y empírico de los objetos. Por consiguiente, se trata de mucho más que de una trayectoria biográfica transareal de un autor destacado que ha cruzado las más diversas áreas, culturas y lenguas. Los *Comentarios reales*, por ende, no se pueden deslindar, no se pueden abstraer de un saber de vida (*Lebenswissen*) transcultural de este yo escenificado.

Al mismo tiempo, este saber de vida es también un saber de supervivencia, en tanto el autor escenificado se sabe envuelto en un contexto de poder en España que, aunque le ha abierto sus puertas a él como descendiente de proveniencia española noble, a su vez le amenaza con una perspectiva unilateral del mundo y una ortodoxia inquisitiva, cuyo carácter monolingüe se encuentra incluido en la discursividad del prólogo. Fundamento de este saber de supervivencia es la inscripción ilimitada del yo en un

contexto de la historia sagrada, en tanto la única religión salvadora de la iglesia romana-católica ha salvado a tantas grandes naciones y sus miembros –y por ende también al mismo yo– del abismo de la superstición y de la idolatría¹⁶.

La aceptación absoluta de esta historia sagrada cristiana, que desemboca en la compra de la *Capilla de las Ánimas* en la mezquita de Córdoba convertida en catedral cristiana, permiten al mismo tiempo un sinnúmero de movimientos entre España y “aquella mi tierra”, entre “los españoles y la población indígena que no se manifiesta desde una posición intermedia, sino que encuentra su expresión en constantes figuras de/en movimiento (*Bewegungs-Figuren*). No es casualidad que ya el nombre *Capilla de las Ánimas* remita a las almas en el purgatorio y con ello a aquel espacio de/en movimiento del purgatorio, que se sitúa “entre” los puntos fijos del cielo y del infierno. El oscilar entre el mundo que representa España, en el que el yo se mueve desde hace muchas décadas y en el que se sitúa también el público lector al que se dirige el texto reproducido y aquel “Nuevo Mundo”, del que Perú forma parte, permite hablar de un “amor natural de patria”, en el que el objeto de este amor se comprende al mismo tiempo desde diferentes perspectivas, ya que este término al mismo tiempo se puede relacionar desde la perspectiva histórico-dinámica con el virreinato del Perú y el imperio prehispánico de los incas; no obstante, también se puede referir a una España que, como tierra del padre, ha fundado un reino trasatlántico gracias a la conquista del Tawantinsuyo.

Este enfoque polilógico y transareal de la propia historia y de las propias narraciones se pone de relieve en la descripción de su lugar de nacimiento, “la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel imperio”, con lo que el Cuzco prehispánico se pone a la altura de la “ciudad eterna”, Roma¹⁷. El proceso de una fusión literal de ambas ciudades no solamente remite al significado

¹⁶ Véase Brading, David A.: *The Incas and the Renaissance: The Royal Commentaries of Inca Garcilaso de la Vega*. En: *Journal of Latin American Studies* (Cambridge) XVIII, 1 (1986), pp. 1-23; MacCormack, Sabine: *Religion and Philosophy: Garcilaso de la Vega and some Peruvian readers, 1609 - 1639*. En (íd.): *Religion in the Andes: vision and imagination in early colonial Peru*. Princeton: Princeton University Press 1991, pp. 332-382.

¹⁷ Cfr. MacCormack, Sabine: *The Inca and Rome*. En: Anadón, José (ed.): *Inca Garcilaso de la Vega: An American Humanist. A Tribute to José Durand*. Notre Dame: University of Notre Dame 1998, pp. 8-31; así como (íd.): *On the wings of time: Rome, the Incas, Spain, and Peru*. Princeton: Princeton University Press 2007.

religioso de cada una de ellas, sino que logra la correspondencia a la misma altura entre el imperio de los incas y la Antigüedad romana, esto es, entre la antigüedad del Viejo y del Nuevo mundo. El derecho a una dignidad histórica, implícito aquí, crea por encima de la comparación y la transferencia, un movimiento de constante oscilación, en el que la propia procedencia aparece bajo la luz doble de la Roma antigua y la actual en su alteridad, sin empero convertirse al mismo tiempo en *lo otro*. Cuzco como espacio ciudadano no se transfigura en espacio de lo propio o lo ajeno sino en espacio de/en *movimiento* de algo propio como lo ajeno y asimismo de lo ajeno como lo propio, en tanto que el le-xema *otro*, nunca se podrá sujetar en su movimiento. No responde ni a una identidad sólida, ni a una alteridad fija.

La extrema vectoricidad de este término se puede constatar en todas las coordenadas espaciales que se refieren a *patria*, a *mi tierra*, al lugar de la “propia” procedencia: a territorialidades que siempre son deletreadas en su vectoricidad. “Mi tierra” y “patria” se convierten así en giros que no marcan lugares fijos, sino espacios de/en movimiento como partes de un paisaje transatlántico que sin lugar a dudas podríamos denominar paisaje transareal de la teoría.

De este descomunal campo histórico-global que introducen los *Comentarios reales*, publicados por vez primera en Lisboa en el año 1609, quisiéramos seleccionar un último punto. Un pasaje del capítulo XIX de esta brillante obra pone de relieve el esfuerzo del Inca por colocarse en medio de esta intersección de flujos informativos, para poder desenvolver desde esta posición móvil una visión muy suya acerca de América. Una vez más se trata aquí de una legitimación de su propio saber, así como de la superioridad de su propia posición-móvil, en tanto el autor de los *Comentarios reales* nos aclara con toda contundencia, de qué forma acumuló las informaciones para su visión (y su versión) de la historia:

En suma, digo que me dieron noticia de todo lo que tuvieron en su república; que si entonces lo escribiera, fuera más copiosa esta historia. Demás de habérmelo dicho los indios, alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría, sus fiestas y supersticiones, que aún en mis tiempos, hasta los doce o trece años de mi edad, no se habían acabado del todo. Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra, y como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas

de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré, diciendo que las vi. Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas dichas y sin lo que yo vi, he habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes; porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los discípulos de escuela y gramática, encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres; porque cada provincia tiene sus cuentas y nudos con sus historias, anales y la tradición dellas; y por esto retiene mejor lo que en ella pasó que lo que pasó en la ajena (Garcilaso de la Vega 45).

Desde esta posición, en la que la figura del yo se encuentra dentro y fuera de su ámbito y también siente ese estar dentro y fuera de él (*Innerhalbbefindlichkeit / Außerhalbbefindlichkeit*), tanto frente a los indios como frente a los españoles, el autor desarrolla un movimiento constante de la adquisición de informaciones desde todos lados. En ello, las crónicas orales de los miembros de su propia familia, que tenían acceso al saber sobre el mando de la elite incaica juegan un papel tan importante como el hábil recurso a la historiografía española. También destacan las narraciones orales y las informaciones redactadas en escritura no alfabética (nudos)¹⁸, como las crónicas de todos aquellos coetáneos y compañeros del inca, a los que se dirigía por carta por ser ellos algo así como hombres de confianza y quienes, a la manera de corresponsales en la lejanía, trabajaban para completar su historia redactada en España. Comienza una historiografía de múltiples perspectivas que ya no se deja reducir a una única lógica occidental. Las visiones desde el interior del mundo incaico serían inconcebibles sin las perspectivas exteriores de la tradición judía y árabe en el campo de tensión de la historiografía española. Es un pensar y escribir simultáneo desde diferentes tradiciones, en distintas lenguas, en diversas lógicas: Garcilaso de la Vega no en balde eligió para sí la *Capilla del Purgatorio* como morada para su eterno descanso; lugar que en sí configura

¹⁸ Véanse No, Song: “La oralidad garcilasista en los *Comentarios reales de los Incas*”. En: *Perspectivas Latinoamericanas* (Nagoya) 3 (2006), pp. 161-172; Mazzotti, Juan Antonio: *Coros mestizos del Inca Garcilaso: resonancias andinas*. México: Fondo de Cultura Económica 1996; Sempat Assadourian, Carlos: Narrative Accounting and Memory According to the Colonial Sources. En: Quilter, Jeffrey / Urton, Gary (eds.): *Narrative Threads: Accounting and Re-counting in Andean Khipu*. Austin: University of Texas Press 2002, pp. 119-150; Urton, Gary: Recording Signs in Narrative-Accounting Khipu. En: Quilter, Jeffrey / Urton, Gary (eds.): *Narrative Threads*, op.cit., pp. 171-196.

el espacio de/en movimiento de la interpretación cristiana del mundo entre el cielo y el infierno y pone en escena de forma paradigmática una perspectiva histórico-dinámica del mundo en un lugar transcultural.

3. José Joaquín Fernández de Lizardi

La complejidad de las relaciones transareales que se ha expuesto aquí a través de dos ejemplos muy dispares de la primera fase de globalización acelerada no se pierde en la segunda fase, sino que se extiende precisamente con miras a la conformación de la América Latina. Con su novela *El Periquillo Sarniento*, publicada por vez primera censurada y por tanto trunca en 1816, José Joaquín Fernández de Lizardi ofrece un texto narrativo que, como es sabido, tiene el derecho de ser considerado la primera novela latinoamericana escrita por un latinoamericano. Independientemente de que es el texto fundacional de la novela hispanoamericana en Hispanoamérica que, a causa de la simultaneidad de su aparición y la conformación de la nación mexicana, suele denominarse “la novela de la independencia mexicana”¹⁹, debemos concentrarnos sobre todo en el hecho de que este texto, que desde el punto de vista histórico-literario es un texto con rasgos de la novela picaresca española pero que dentro de un contexto cultural, social y político nuevo, se puede ver como una forma literaria resemantizada, en la que se pone de relieve desde el primer momento su fundación trasatlántica entre Europa y América Latina. No obstante, esto no significa que esta gran novela se limite únicamente a los entramados relacionales europeo-americanos.

Asimismo, el recurso a la novela picaresca resulta ser, precisamente con miras a las relaciones entre España y la Nueva España, de una alta calidad creativa. De hecho, *El Periquillo Sarniento* se abre de modo particular a la pregunta aquí tratada sobre la transrealidad de las literaturas del mundo (americano). Es así, porque, en el aura del debate berlinés acerca del Nuevo

¹⁹ Así entre otros Salomon, Noël: “La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*”. En: *Cuadernos Americanos* (México) XXI, 138 (1965), p. 179. Cfr. asimismo Iñigo Madrigal, Luis: José Joaquín Fernández de Lizardi. En (íd., ed.): *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo 2: Del neoclasicismo al modernismo. Madrid: Cátedra 1987, p. 143, donde se habla de la “primera novela propiamente hispanoamericana”.

Mundo²⁰ desencadenado décadas antes, en el que participaron precisamente grandes representantes de la Ilustración novohispana como Francisco Javier Clavijero o Fray Servando Teresa de Mier y Guerra tomando partido en contra de Cornelius de Pauw, Guillaume-Thomas Raynal y otros filósofos europeos, José Joaquín Fernández de Lizardi logra desarrollar con su picaresca un modelo transareal de movimientos que saca a relucir la precisión histórico-dinámica de su propia escritura enciclopedista.

Desde esta perspectiva sería sin lugar a dudas elucidador vincular la proliferación de elementos paratextuales (tales como los diferentes proemios, dedicatorias, advertencias al lector, titulaciones, textos intercalados etc.) en la novela de Lizardi con aquella en *La Historia antigua de México* de Clavijero. Aunque la composición paratextual en *El Periquillo Sarniento* es esencialmente más artística, se puede observar en ambos textos el intento, por momentos casi obsesivo, de situarse dentro de ciertas tradiciones discursivas de Europa y, asimismo, de intervenir de manera transatlántica en la disputa americano-europea.

Si Clavijero pudo gozar de cierto reconocimiento en Europa gracias a la publicación de su libro en Italia y una consecutiva traducción al inglés, el enciclopedista y moralista Fernández de Lizardi, quien publicara sus textos en México y tematizara esto con perspicacia y por momentos con autoironía en sus prólogos, no lo tuvo y en esencia hasta el día de hoy en Europa sólo se le conoce en los círculos de especialistas académicos. Lizardi escribió en un momento de asimetría radical de las relaciones literarias entre los mundos –y él tenía conocimiento de estas circunstancias altamente desiguales en el intercambio trasatlántico. Sin embargo, o quizás precisamente por eso, logró ser el primero en la historia de la literatura americana que pudiera vivir de su escritura.

Ya en el paratexto de su *Periquillo Sarniento* se tematiza prospectivamente, desde una situación colonial, la creación de un espacio literario nacional que, por encima de la emersión de

²⁰ Cfr. aquí Ette, Ottmar: Von Rousseau und Diderot zu Pernetz und de Pauw: Die Berliner Debatte um die Neue Welt. En: Dill, Hans-Otto (ed.): *Jean-Jacques Rousseau zwischen Aufklärung und Moderne*. Akten der Rousseau-Konferenz der Leibniz-Sozietät der Wissenschaften zu Berlin am 13. Dezember 2012 anlässlich seines 300. Geburtstages am 28. Juni 2012 im Rathaus Berlin-Mitte. Berlin: Leibniz-Sozietät der Wissenschaften (protocolos de la sesión de la Sociedad-Leibniz de las Ciencias 117) 2013, pp. 111-130.

un público lector dentro de una sociedad que se encontraba en transición hacia una coyuntura postcolonial, hacía necesario el desarrollo de todos los instrumentos y componentes de una industria literaria que se orientara en el centro de México. Sobre todo, y en esto reparó con precisión Lizardi, se tenía que crear un público fuera de la tradicional *ciudad letrada*²¹. Sólo de esta manera, los “talentos americanos” podrían lograr despertar el interés del público dentro del “teatro literario”²² y crear o inventar una clase compradora. El trato circunspecto y su habilidad en estos asuntos le permitieron al autor novohispano aprovechar las posibilidades a su alcance y convertirse, a pesar de las restricciones y los obstáculos que enfrentaba en la Nueva España o más bien en la ciudad de México, en un escritor de oficio. Ahora bien, ¿cómo se diseña y pone en escena esta Nueva España en *El Periquillo Sarniento*?

Ante el trasfondo de una alta diferenciación y heterogeneidad específicas del género –en la novela picaresca encontramos representadas todas las formas literarias, desde el ensayo, el tratado, la hagiografía y la autobiografía hasta la lírica y la utopía (que por primera vez se integra en la novela en América)– se modela un espacio de/en movimiento propio de la Nueva España, que rebasa con creces lo que hoy en día conocemos como México. En el oscilamiento friccional entre formas de escritura ficcional y diccional, el pícaro recorre, según corresponde a las reglas del género, toda la sociedad colonial feudo-española del Virreinato, que aparece aquí tanto en su estratificación jerárquica como en su heterogeneidad étnica. El Periquillo entra en contacto con indígenas y mestizos, con criollos y negros, con gachupines de la madre patria o con habitantes de las Filipinas, así como también con inmigrantes de procedencia no hispana como lo son los franceses, los anglosajones y, claro está, también con chinos. La sociedad novohispana perfilada aquí por Fernández de Lizardi es *a la vez* extremadamente heterogénea y cerrada, migratoria y estática, aunque los elementos dinámicos de esta sociedad todavía

²¹ En el sentido que le diera Rama, Ángel: *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte 1984. La variedad de lenguas utilizadas en la novela hace reconocer, detrás de un público tradicional, perfiles de una nación. El público que aún está por crear se caracteriza, a diferencia de los lectores tradicionales, por su heterogeneidad, algo que se tematiza en el texto mismo; cfr. Fernández de Lizardi, José Joaquín: *El Periquillo Sarniento*. Prólogo de Jefferson Rea Spell. México: Editorial Porrúa, 1970, entre otros, p. 3 s y p. 187.

²² Ídem., p. 2.

hispana y colonial proceden casi exclusivamente de miembros de grupos comerciantes no españoles, que se involucran tanto en el intercambio transatlántico como en el transpacífico. En el centro de este espacio y de todos los movimientos del protagonista se encuentra desde el principio de la novela México, si bien aquí aún no se refiere a un futuro espacio de estado nacional, sino a la capital del Virreinato (y ciudad patria del Periquillo): “nacé en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva España. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos” (Fernández de Lizardi 12).

La ciudad de México como ciudad origen del Periquillo se convierte así en el punto de partida de todos los movimientos en un territorio, que en Oriente incluye grandes partes del mundo isleño del Caribe y en Occidente, las Filipinas. Se podría hablar, por tanto, con miras a la Nueva España, de una figura transarchipiélica que se encuentra situada en el cruce de las rutas y las comunicaciones de oriente a occidente y de norte a sur. Al mismo tiempo, los ámbitos habitados por los diferentes grupos sociales, étnicos y culturales tanto dentro de la capital como entre ésta y las provincias, no presentan ligaduras entre sí y se enfrentan con hostilidad. Sólo gracias a los movimientos del pícaro logran relacionarse entre sí, en tanto el protagonista pícaro sólo logra con ciertas dificultades adaptar sus propias formas de vida a las diferentes normas de vida imperantes.

Así, se utiliza la norma genérica de la novela picaresca, su alta vectoricidad, para evidenciar y vincular los elementos de la futura nación que en el sistema colonial carecen de comunicación entre sí por su heterogeneidad cultural y no sólo por su discontinuidad espacial. Los vastos territorios continentales del virreinato aparecen como espacios autónomos pero, efectivamente, casi no son portadores de cultura(s), como lo es el espacio urbano y por ende no se pueden considerar espacios culturales. No se pueden hallar *contramodelos* culturales a la ciudad capital de la Nueva España. Para el sujeto capitalino, Periquillo, conforman nada más que espacios adicionados en la extensión territorial de la Colonia, que sirven más bien para la explotación y el saqueo por parte de la ciudad colonial y metrópoli y se encuentran bajo el signo de una desigualdad fundamental.

Es por eso que los viajes abarcadores del pícaro se asemejan a movimientos a lo largo y ancho del territorio, cuyo fin en esencia es sujetarlo en todos los sentidos, pero más que nada en el cultural, a la ciudad capital y una modernización en su acepción tanto novohispana como asimismo occidental-ilustrativa. Se distinguen ya los perfiles de un futuro Estado nacional centralizado en los que la ampliación semántica del nombre de la capital representa la tendencia homogeneizadora de una modernización anunciada.

En la extensa parte del *Periquillo Sarniento* introducida por un lema de Torres Villarroel, que le es dedicada a la estancia del pícaro en las Filipinas, se aviva una parte importante de aquella dimensión transpacífica de la historia mexicana, sin la que la representación literaria del mundo novohispano no estaría acabada. Desde mediados del siglo XVI, la Nueva España se ajustó al importante rol geoestratégico, en tanto se podían enlazar desde la capital del virreinato, a través de los puertos de Veracruz y Acapulco, las rutas de conexión transatlántica y transpacífica. En el año 1566 se encontró, en el marco de la expedición de Miguel de Legazpi y después de una larga búsqueda, una ruta de vuelta de las Filipinas a la Nueva España. A partir de este momento ya no era necesario el embarque de personas y mercancías desde puertos asiáticos, sino que –tal y como lo formulara sin tapujos Gruzinski– Asia llegó a América (Gruzinski 131). Desde la fundación de la futura ciudad capital filipina, Manila en 1571 y la instalación de un tránsito marítimo regular entre Acapulco y las Filipinas en 1573 –una ruta que perdurara más de 250 años– hizo posible, entrar en contacto e intercambio continuo desde Nueva España (siguiendo el “pasadizo” soñado por Juan de la Cosa) con China y con Japón, el Cipango de Marco Polo. Es apenas con la independencia del México en formación que se interrumpe esta ruta, un hecho que de algún modo ya se presagia con el naufragio del galeón en el que viajaba el Periquillo de vuelta al continente americano.

En varios capítulos extensos de la novela se desarrolla el mundo novohispano en las Filipinas y con ello la dimensión transreal, que pone en evidencia de qué manera la Nueva España y el mundo hispanoamericano se encontraban involucrados en el intercambio comercial y (trans)cultural, no sólo a nivel del arte nanban que vinculaba Acapulco a través de la Filipinas con

Japón. Qué tan prolífico puede ser el comercio transpacífico para todos los que participaban en él, lo pone de relieve el *Periquillo* quien confiesa, convertido temporalmente en noble en el inicio del primer capítulo de esta parte, que su cura moral se debe a la naturaleza en las Filipinas y las nuevas circunstancias de vida (Fernández de Lizardi 343) y lo expresa de esta forma al comienzo del segundo capítulo:

En los ocho años que viví con el coronel, me manejé con honradez, y con la misma correspondí a sus confianzas, y esto me proporcionó algunas razonables ventajas, pues mi jefe, como me amaba y tenía dinero, me franqueaba el que yo le pedía para comprar varias anchetas en el año, que daba por su medio a algunos comerciantes para que me las vendiesen en Acapulco. Ya se sabe que en los efectos de China, y más en aquellos tiempos y a la sombra de las cajas que llaman de permiso, dejaban de utilidad un ciento por ciento, y tal vez más. Con esto es fácil concebir que en cuatro viajes felices que logré hicieran mis comisionados, comenzando con el principalillo de mil pesos, al cabo de los ocho años ya yo contaba míos como cosa de ocho mil, adquiridos con facilidad y conservados con la misma, pues no tenía en qué gastarlos, ni amigos que me los disiparan (351).

Sin poder detenernos en este momento en el complejo significado que Asia tenía para el proyecto protonacional de México en Fernández de Lizardi, ni tampoco poder profundizar en el hecho de que el *Periquillo Sarmiento* continúa el género literario de la utopía que Tomás Moro proyectara hacia el Caribe 300 años antes en su obra *Utopia*, alargándolo al ámbito transpacífico y transfiriendo una figuración filosófica de la primera a la segunda fase de globalización acelerada, sí quisiéramos resaltar que el espacio americano en esta novela se conforma vectorialmente gracias a todos los movimientos que no sólo lo cruzan desde Europa o desde el África, sino también desde Asia. La vectoricidad transareal de este proyecto literario es tan evidente como también lo son las enormes ganancias del comercio transpacífico, que se mencionan en el párrafo anterior.

Es indudable que de esta primera novela escrita por un latinoamericano en América Latina no se puede soslayar el mundo asiático ni de la diégesis ni de la construcción de la aún vigente Nueva España ni tampoco del futuro México. Es cierto que la novela picaresca novohispana del *Periquillo Sarmiento*, desde el punto de vista del género, se inscribe en la tradición de la literatura del Siglo de Oro español y en especial en la filiación literaria

que se extiende desde el *Lazarillo de Tormes* hasta el *Guzmán de Alfarache* y más allá²³; también es cierto que el sinnúmero de referencias intertextuales a la literatura francesa²⁴ remite a aquel cambio de dominancia geocultural que hizo que Francia se convirtiera en el centro cultural y literario por excelencia del mundo hispanohablante americano. No obstante, la literatura hispanoamericana en su proceso de conformación no se limita a su dimensión transatlántica, porque la presencia transpacífica en la obra sin duda más influyente de Fernández de Lizardi es avasalladora y nos devela cuán compleja era ya la configuración transatlántica en las Américas en tiempos de la segunda fase de globalización acelerada.

5. Patricio Lafcadio Tessima Carlos Hearn

Patricio Lafcadio Tessima Carlos Hearn, quien naciera el 27 de julio de 1850 en la isla griega de Lefkada o Léucade (Santa Maura) y falleciera el 26 de septiembre de 1904 en Tokio con el nombre japonés de Koizumi Yakumo, puede considerarse uno de los escritores de viaje más interesantes y deslumbrantes en las postrimerías del siglo XX. Asimismo, su producción es representativa para muchas de aquellas características que acuñan la tercera fase de globalización acelerada. Este autor de origen griego e irlandés, que influyera como ningún otro en la imagen que el Occidente se formara del lejano archipiélago del Japón, personifica un pensamiento transarchipiélico a escala global no sólo por su biografía, que lo condujo desde el archipiélago griego, pasando por Irlanda e Inglaterra, Cincinnati, Nueva York y Nueva Orleans hacia el Caribe y finalmente hacia las islas niponas. Además, un

²³ Véanse entre otros, Skirius, John: Fernández de Lizardi y Cervantes. En: *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México) XXXI, 2 (1982), pp. 257-272; Mora Escalante, Sonia Marta: "Le picaresque dans la construction du roman hispano-américain". En: *Etudes littéraires* (Québec) XXVI, 3 (1993 - 94), pp. 81-95, o González Cruz, Luis F.: El Quijote y Fernández de Lizardi: revisión de una influencia. En: Criado de Val, Manuel (Hg.): *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*. Madrid: EDI 1981, pp. 927-932.

²⁴ Cfr. entre otros Strosetzki, Christoph: Fénelon et Fernández de Lizardi: De l'absolutisme au libéralisme. En: *Oeuvres et Critiques* (Tübingen) XIV, 2 (1989), pp. 117-130, o Janik, Dieter: «El Periquillo Sarniento» de J.J. Fernández de Lizardi: una normativa vacilante (sociedad - naturaleza y religión - razón). En: *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín) XIII, 1 (1987), pp. 49-60. Las relaciones literarias de esta novela con Raynal y el Debate Berlínés sobre el Nuevo Mundo sin lugar a dudas serían dignas de una investigación.

gran número de sus escritos se pueden considerar formas de expresión de aquella línea de tradiciones, que tuviera su comienzo en el género del *Isolario*, surgido en la temprana Edad Moderna y en los mundos textuales y cartográficos de Benedetto Bordone²⁵ y que en la tercera fase de globalización acelerada logra desarrollar, apoyado en las nuevas formas técnicas de transporte, sorprendentes e inéditas creaciones estéticas.

En su texto narrativo *Chita: A Memory of Last Island* (Chita: una memoria de la última isla), publicado por primera vez como libro en 1889, se evidencia desde un principio la dimensión archipiélica y transarchipiélica de su escritura, ya que en el incipit se despliega un movimiento de viaje que, en la expresión *travelling*, perfila los intrincados pasajes de lo continental a lo isleño-archipiélico. El siguiente párrafo extraído del texto confeccionado con tanto arte por parte de Lafcadio Hearn se acentúan esta pasada, estos pasajes:

Viajando hacia el sur desde Nueva Orleans hacia las islas, atravesas una extraña tierra hacia un insólito mar, por variadas y sinuosas vías fluviales. Si lo deseas, puedes viajar hacia el Golfo en lugre; pero el viaje puede efectuarse más rápido y más ameno en uno de aquellos vapores livianos y bajos, construidos especialmente para los viajes por el Bayou [...]. Jadeando, gritando, arañando su casco por sobre los bancos de arena, todo el día se esfuerza el pequeño vapor por alcanzar el gran resplandor de aguas abiertas y azules más abajo de los pantanales; y quizás tenga la suerte de entrar en el Golfo al atardecer. Por resguardar a los pasajeros, se viaja sólo durante el día [...] Las sombras se alargan; y al final los bosques se encojen detrás tuyo en delgadas líneas azuladas; tierra y agua se pintan de colores más luminosos; los Bayous se abren a pasajes más anchos; los lagos se conectan con bahías marítimas; y el viento del Océano te envuelve, amable, refrescante y lleno de luz. Por primera vez, la embarcación comienza a oscilar, meciéndose al pulso vivo de las mareas. Y si miras a tu alrededor en la cubierta, sin murallas boscosas que interrumpen la vista, te parecerá que la mar alguna vez desgarró las tierras bajas, esparciéndolas por el Golfo en fantásticos jirones.

A veces, por sobre los restos de una pradera de cañas arrancadas por el viento, vislumbras un oasis emergiendo, una sierra o un monte oprimido por el redondo follaje de las encinas: una *chénière*. Y de la marea brillante emergen verdes y afines montículos, bellos islotes, cada cual con sus cinturas de playa de arena deslumbrante y conchas, amarillo-blanco, y todo

²⁵ Cfr. el capítulo “Inseln Wissen Meer: ein Inselbuch beschleunigter Globalisierung” en Ette, Ottmar: *TransArea. Eine literarische Globalisierungsgeschichte*. Berlin: De Gruyter 2012, pp. 63-72.

radiante con follajes semi-tropicales, mirtos y palmeras enanas, naranjos y magnolios. Bajo sus sombras esmeralda, dormitan curiosas y pequeñas villas de cabañas de palmas, donde vive una morena población de orientales, malayos, pescadores, que hablan el español criollo de las Filipinas y su propio tagaló, y perpetúan en Lousiana las tradiciones católicas de ambas Indias (Lafcadio 77)²⁶.

El camino laberíntico por enrevesados afluentes, canales y bayous del Mississippi desde Nueva Orleans hasta el Golfo atraviesa diversos tipos de paisajes del delta, en los que se exhiben los pasajes acuáticos entre el continente americano y el mundo de islas en una enmarañada interacción de elementos a partir del movimiento del barco. Se trata de inconfundibles estructuraciones rizomáticas, abiertas y altamente móviles, en las que todo está relacionado con todo sin llegar nunca a fusionarse. Es en el entramado de estas oraciones de gran densidad lírica, en el que se extravían tanto los lectores como el mismo viajero, porque no tienen suficiente conocimiento sobre el mundo entre el continente y las islas, entre el agua dulce y el agua salada, entre la tierra y el mar, como para poder moverse en su interior con seguridad y resolución. En ningún momento se ve un suelo firme, en todos lados pasajes, en el paisaje del delta del Mississippi no se puede distinguir una línea clara que pudiera separar lo estable de lo móvil: todo –incluso la poética inmanente del escritor– se encuentra en movimiento.

El motivo de la imbricación de la tierra, del agua y del cielo, que ya se advierte en estos giros y marañas, en el transcurso del texto narrativo culminará en el devoramiento de la tierra por el cielo y el agua en una poderosa tormenta tropical, descubre a la mirada el mar abierto del Caribe, cuyas oscilaciones se pasan al barco sin resistencias en el ritmo vital de las mareas. Y si en el devenir del texto se nos informará sobre la trágica extinción del mundo de islas situado delante y en torno a la Ile Dernière (ingl. Last Island) con (casi) todos sus habitantes y visitantes, ya antes, en su nivel lingüístico, el texto nos había demostrado cómo, en un movimiento transarchipiélico que vincula Asia con América y las Filipinas con el Caribe dentro del mundo transcultural de Louisiana se comienza a entramar el inglés con el francés, el

²⁶ Para mantener el flujo de lectura se realizó una traducción libre de las citas en inglés).

español, las lenguas criollas del Caribe y de las Filipinas, así como el tagalo de los habitantes de este último archipiélago, de la misma forma como el agua y la tierra se entreveran estrechamente en el delta.

En la desembocadura del Mississippi con su enorme paisaje fluvial se aglutinan los elementos naturales, las culturas, las lenguas y las formas de vida provenientes de las áreas más diversas; conviven en este microcosmos en continua gestación y deterioro, en un continuo enredo y devoramiento, en una tensión sin fin. Para el disgusto de los editores estadounidenses de turno, quienes creían tener el derecho de impugnar al autor por haber dejado un número considerable de citas sin traducir²⁷, Lafcadio Hearn permitió a sus lectores participar íntimamente de la poliglosia de este mundo transcultural y transarchipiélico. La prosa de Hearn es en sus “fantásticos jirones” el paisaje que ella misma (d)escribe y al mismo tiempo su teoría: y la teoría de su escritura en general²⁸.

El mundo acuático entre el continente y el archipiélago, entre continentalidad e insularidad, regido por la marea y las fuertes corrientes marítimas, pero también por los vientos y las tormentas, lo devela Lafcadio Hearn con gran habilidad en el constante desvanecer de los límites. Así, las islas remiten siempre a otras islas en el relato; aparecen detrás, al lado o debajo de cierta ínsula otras ínsulas que se agrupan para formar un archipiélago para inmediatamente después conformar nuevos entramados en donde, en las ramificaciones del mismo archipiélago emerge otro para súbitamente desaparecer. En un mundo circuncaribeño aparecen sureños anglófonos y francocreoles y también malayos, mexicanos y filipinos que sin duda no se dejan representar por medio de una sola lengua –aunque ésta fuera el inglés, la lengua de la tercera fase de globalización. Las palabras en el texto de Lafcadio Hearn remiten a lugares que asimismo se refieren a otros lugares y otras palabras. Es como si la marea moviera y bombeara constantemente gente nueva, lenguas y culturas nuevas por este espacio. Es el ritmo de una vida, que como tal solamente se puede hallar, inventar y vivenciar en el mismo ritmo

²⁷ Véase la “Note on the Texts” en Lafcadio Hearn: *American Writings*, op. cit., pp. 827-831.

²⁸ En cuanto al término de paisaje de la teoría cfr. Ette, Ottmar: *Roland Bartthes. Landschaften der Theorie*. Konstanz: Konstanz University Press 2013.

pulsante. En la escritura de Lafcadio Hearn que, como ningún otro, invita a la lectura en voz alta, se vuelve omnipresente un mundo transarchipiélico lleno de vida, lleno de movimiento.

En su relato de viaje *Two Years in the French West Indies* (Dos años en las Indias Occidentales francesas), publicado por primera vez en 1890, en el que remite a dos viajes muy distintos al Caribe, Lafcadio Hearn perfeccionó esta forma de escritura tan dinámica y móvil desde el movimiento y en movimiento. Esta colección de textos narrativos de diferente extensión conformados de manera archipiélica es un relato de viajes *sui generis* que nos habla de las experiencias y, más aún, de las vivencias del yo narrador en aquellas “Indias Occidentales” francesas, en las que las culturas, lenguas y formas de vida caribeñas y americanas se vinculan íntimamente con las africanas, europeas y asiáticas, sin llegar a fundirse.

Hearn logra abrir su forma de escribir no sólo polisémica sino más bien polilógica y de intercalaciones muy complejas, cual ventanas a una dimensión transarchipiélica y hace que las islas del Caribe por él visitadas destaquen en su relacionalidad mundial. Quizás de una manera más radical que en *Chita: A Memory of Last Island*, el texto obtiene su unidad literaria a partir de su polifiguración móvil, ya que algunos textos narrativos incluyen en sus títulos otras narraciones, mitos y leyendas subyacentes, por lo que el proceso narrativo de *Two Years in the French West Indies* se mueve en niveles diferentes y en tipos de textos muy diversos.

Así, Lafcadio Hearn logra más de una vez la unificación de aspectos geográficos y geológicos con los culturales de una forma tal que nos da a entender, que en nuestra trayectoria por el Caribe nos encontramos transitando *al mismo tiempo* en rutas diferentes por un mundo profundamente transarchipiélico. De este modo expone, partiendo de una descripción y representación de la Montagne Pelée, el volcán gigante en la pequeña isla francesa Martinique, lo siguiente:

Pero su centro no es una enorme masa piramidal como la de “La Montagne”: está demarcada sólo por un grupo de cinco singulares conos porfíricos, los Pitons de Carbet; mientras Pelée, dominándolo todo, y colmando todo el norte, ofrece una vista y ocupa un área apenas inferior a aquella del Etna.

A veces, mientras miro hacia La Pelée, me he preguntado si la empresa del gran pintor japonés que realizó las Cien

vistas del Fuji no podría ser imitada por algún artista criollo igualmente orgulloso de sus colinas nativas, y sin temor alguno al calor de las llanuras o a las serpientes de las laderas. Ciertamente que se podrían componer unas Cien vistas del Pelée: puesto que la enorme masa es omnipresente para los habitantes de la parte norte de la isla, y puede ser avistado desde las alturas de casi todos los *mornes*. Es visible desde casi todos los lugares de St. Pierre, que se ha anidado en uno de los pliegues de sus faldas rocosas. Tiene a la vista a todas las cadenas de las islas y sobrepasa por mil pies a los poderosos Pitons de Carbet [...] (Lafcadio 387).

En un movimiento típico para la escritura de Lafcadio Hearn, la figura narradora enfoca primero su objeto, la Montagne Pelée, para relativizar de inmediato su centro y relacionarlo en este caso con otro volcán en una isla europea, el Etna en Sicilia. El movimiento que se le suma abre esta relación transatlántica y a la vez transarchipiélica instantáneamente hacia el mundo de islas japonesas, donde se introduce la figura perfecta del Fuji, no bajo los aspectos geográficos o geológicos, sino con un matiz artístico. La referencia indirecta al gran pintor japonés Katsushika Hokusai (1760-1849) y su famosa serie de grabados a color en los que se representa el Monte Fuji le permite a Hearn poner en juego a un posible pintor criollo quien, a semejanza del artista japonés, pudiera crear una obra poliperspectivista, que surgiera de los movimientos alrededor de la región volcánica llena de arrugas e “infestada” de víboras de la Montagne Pelée. Una región, dicho sea de paso, que Lafcadio Hearn había recorrido infinitud de veces y que conocía a la perfección partiendo de aquella ciudad tan fascinante para él, St. Pierre, que más tarde iba a ser sepultada bajo las cenizas por la erupción de este peligroso volcán.

La referencia intermedial de la narración de Hearn al arte de Hokusai incluye en el nivel transmedial una poética inmanente del propio escribir. Es así, porque aquella obra poliperspectivista demandada por Lafcadio Hearn e inspirada en la serie del gran artista nipón –tal y como también lo presenta el texto en este pasaje– sin lugar a duda, la ha creado él mismo. Esta poética inmanente implícita que se desenvuelve aquí partiendo de las relaciones transarchipiélicas de la Montagne Pelée al Etna y al Monte Fuji, remite a los bocetos literarios del escritor de raíces greco-irlandesas. Es él mismo quien en el fondo se ha convertido en aquel pintor criollo anónimo que nos presenta una y otra vez

nuevas vistas y, como por arte de magia, desvela de esta poliperspectividad una polirelacionalidad, que hace que se origine una secuencia de cuadros por momentos desconcertante y articulada a través de frases laberínticas. Es una secuencia de cuadros de una transrealidad fascinante. De pronto, el griego, irlandés, inglés y estadounidense se transmuta en antillano y japonés y una cantidad de nombres podrán rellenar aquel lugar del pintor anónimo criollo, porque en el sitio donde se encuentra el nombre que al parecer quedaría “vacío”, se pueden y se deben inscribir muchos nombres y muchos lugares de manera transarchipiélica. Un pasaje que se presentará a continuación probará, que parece como si en este gran volcán de la isla Martinique convergieran los volcanes de este mundo, sí, los de las más diversas regiones de esta tierra, sin encontrar allí su “centro”, su punto medio. Un centro de tal índole, un punto medio de la tierra así nunca existirá para el escritor y fotógrafo²⁹ Lafcadio Hearn.

Como *Chita: A Memory of Last Island*, también *Two Years in the French West Indies* comienza con las impresiones de un viaje a bordo de aquel “buque de vapor de hierro largo, estrecho, grácil” (159), cuyo cuadro fotográfico en el embarcadero 49 del puerto de Nueva York sirve para introducir la crónica literaria de viajes. Aquí nos enfrentamos a la escenificación literaria de un acercamiento, en la que el mundo tropical aparece lleno de vida: todo parece pleno de “un sentido de *world-life*” (163 s). Aquí, desde el principio se presenta y marca el punto de vista de un hombre blanco que no proviene del trópico; un hecho, que no le impide al narrador ofrecernos a lo largo de numerosas páginas contundentes cuadros de la vida cotidiana, entre otros, de las lavanderas (*blanchisseuses*) o de las cargadoras de lastres pesados (*porteuses*) en Martinica. Surgen cuadros-vitales (*Lebens-Bilder*) de prácticas culturales cotidianas, que en esa intensidad no se podrán encontrar con facilidad en otros textos de la época.

Son precisamente las mujeres, quienes nos comunican su saber de vida y por ende sus secretos: nos enteramos cuánto tiempo trabajan, cuándo comen, cómo preparan sus alimentos y también, qué tipo de vida sueñan vivir – incluyendo aquella joven figura femenina que sube a bordo en el viaje de retorno, para trabajar de empleada en Nueva York. Las *porteuses* nos narran, qué

²⁹ En cuanto al costoso equipo fotográfico cfr. la “Note on the Texts”. En (id.): *American Writings*, op. cit., p. 828.

cargas han aprendido a acarrear desde muy tierna edad, qué caminos recorren para unir las diferentes partes de la isla y también, qué canciones canturrean, cuáles son los peligros a los que se ven expuestas, cuáles son las esperanzas y los sueños que las ilusionan. Así se originan cuadros-vitales (*Lebens-Bilder*) de suprema intensidad.

El paso a los trópicos se puede apreciar en los sonidos y colores de la lengua desde el movimiento del barco como *passage* a otro mundo de colores y sonidos, a otra sensualidad material así como a otro paisaje de ensoñación (y espiritual) tanto de forma estética como aiestética. El sonido de esta forma tan peculiar de escribir, interrumpida más de una vez por frases escritas en el francés creole de Martinica, se sirve de todo el registro de figuras sonoras disponible, que se incluyen en las diferentes lenguas. Los cuadros-vitales (*Lebens-Bilder*) de las lavanderas mulatas, que tienden su ropa en St. Pierre o las familias de coolies, que hablan de sus normas y formas de convivencia traídas de las Indias Orientales, quedan grabados en la mente a lo largo de la lectura gracias a su vivacidad. Nos enteramos de algunos aspectos de la realidad social de las islas, sobre todo de la comunidad *vivida* de las ínsulas, que han desarrollado cada una sus formas de vestimenta y arte culinario, de convivencia y conflictividad. Martinica es a la vez un mundo-isla cerrado y un mundo de islas con redes globalmente distribuidas: esta auto-lógica de un mundo-isla es, en su calidad de figura oscilante, también un mundo de islas en el sentido transarchipiélico. La prosa lírica de Hearn nos lo despliega delante de los ojos de forma contundente. Es sin lugar a dudas uno de los méritos más considerables de la escritura sinuosa y por momentos laberíntica de Lafcadio Hearn, el haber podido representar de forma estéticamente convincente la estructura tan compleja del movimiento en toda su vectoricidad, en todos sus estímulos y movimientos.

En un pasaje, que por momentos remite a los textos franceses ya clásicos del Père Labat y también del Père Dutertre, así como a los tratados de los *Etudes historiques* dedicados a Martinica del autor Dr. E. Rufz³⁰, a quien Hearn considerara creole, el mundo de montañas y volcanes de la isla antillana francesa se convierte una vez más en punto de partida para una perspectiva

³⁰ Véase para ello Hearn, Lafcadio: *Two Years in the French West Indies*, op. cit., p. 420.

globalizante desde los Trópicos. Esto se esboza con toda claridad en la escalada, esto es, en el movimiento de ascensión que, desde Petrarca³¹ se considera como movimiento del entendimiento y la iluminación que ayuda al acercamiento a la transparencia³²:

Con la disminución del calor provocado por la escalada, empiezas a notar cuán frío te sientes; podrías casi dudar del testimonio de la latitud en la que te encuentras. Directo hacia el este está Senegambia: estamos bien al sur de Timboctú y del Sahara, en una línea con la India meridional. El océano ha enfriado los vientos; a esta altura la delgadez del aire es septentrional; aunque en los valles allá abajo la vegetación es africana. Las mejores plantas alimenticias, el mejor forraje, las flores de los jardines son de Guinea; las graciosas palmas de dátiles provienen de la región del Atlas: aquellos tamarindos, cuya densa sombra agosta toda vida vegetal debajo de ella, son de Senegal. Solo en el contacto con el aire, con los vaporosos colores de la distancia, con las siluetas de las colinas es que hay algo que no es del África: esa extraña fascinación que le ha dado a la isla su poético nombre criollo, le Pays de Revenants³³.

Aunque en este momento no podamos tomar en consideración la isotopía de los espíritus, fantasmas, resucitados y aparecidos (*revenants*) que abunda en toda la obra de Lafcadio Hearn, el retorno del yo para una permanencia más larga en la isla Martinica ha sido motivado esencialmente por el hecho de que desde ahí se abre no solamente una isla como un mundo total, cerrado en sí mismo y a su vez completo, sino que este mundo tan propio logra enfardar, como en una vívida red, los más diferentes elementos de un entramado global de relaciones. Martinica es un microcosmos, una isla-isla³⁴ que contiene al mundo de una manera particular y que por lo mismo es tan específico –un mundo transarealmente condensado, tanto en el nivel de la naturaleza, así como en el del cultivo y en el de la cultura.

La isla francesa en las Antillas se encuentra en el cruce y en el entramado relacional entre las Indias Orientales y

³¹ Cfr. el estudio clásico de Ritter, Joachim: "Landschaft. Zur Funktion des Ästhetischen in der modernen Gesellschaft". En (íd.): *Subjektivität. Sechs Aufsätze*. Frankfurt am Main: Suhrkamp 1989, pp. 141-163.

³² Cfr. Starobinski, Jean: *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle. Suivi de Sept Essais sur Rousseau*. Paris: Gallimard 1971.

³³ Hearn, "Two Years in the French West Indies", op. cit., p. 419.

³⁴ Véase Ette, Ottmar: *Insulare ZwischenWelten der Literatur: Inseln, Archipele und Atolle aus transarealer Perspektive*. En: (íd.): *ZusammenLebensWissen*. List, Last und Lust literarischer Konvivenz im globalen Maßstab. Berlin: Kulturverlag Kadmos, 2010, pp. 13-56.

Occidentales, tal y como se les denominaba en la primera fase de globalización acelerada. La isla alrededor de la Montagne Pelée es una isla global: en su publicación como libro en 1890, el texto *Two Years in the French West Indies* representa –y ya el título de esta narración literaria de viajes aprovecha conceptualmente la larga y compleja historia de la globalización– las tres fases de globalización acelerada: garantiza la polirrelacionalidad y la polilógica relacional entre los esclavos negros del África y los coolies de Asia; entre los habitantes de Europa y Oceanía.

Por lo tanto, no es casualidad que el viajero parta de Nueva York, el centro de la primera potencia globalizante extra-europea para emprender su viaje al Caribe en un buque de vapor hecho de acero, en un “long, narrow, graceful steel steamer” (Lafcadio 159). Se podría ver este elegante buque de vapor como enviado no del todo indiferente de aquella *New Steel Navy* que a cañonazos convertirá a los Estados Unidos en esa misma década en incuestionable potencia en el continente y hundirá la flota española en las costas de Manila y de Santiago de Cuba.

Martinica, que hasta el día de hoy permanece en poder de Francia, la potencia de la segunda fase de globalización acelerada, es, en calidad de isla antillana, parte de aquella zona de densísima globalización, que desde la primera fase de este proceso ha sido testigo del encuentro o más bien, de la confrontación entre los seres humanos, las culturas y las lenguas de los “descubridores”, conquistadores y colonizadores, de las diferentes culturas de los pobladores indígenas, así como de las de los esclavos negros deportados desde las diferentes regiones del África occidental y central; más tarde de las de los trabajadores contratados desde las más diversas regiones de Asia así como de las de los *coolies* de la India. En la imagen paisajística y literaria de Martinica esbozada por Lafcadio Hearn, todos estos diferentes elementos de diversas partes del planeta se unen para conformar algo distinto, algo nuevo, un conjunto que no se puede identificar ni con Europa, ni con África, ni tampoco con Asia.

Así, Martinica se convierte en un mundo transareal y transcultural de una sola islita, en la que se condensan y configuran de nuevo vectorialmente los continentes y archipiélagos más remotos de otras latitudes y longitudes en un mundo transarchipiélico de islas. La crónica literaria de viajes nos ofrece, para estos procesos históricos, culturales y biopolíticos que nacen del

intercambio entre lo hallado, lo inventado, lo vivido y lo experienciado, el modelo del movimiento y del pensamiento más fascinante.

La tercera fase de globalización se revive y vivifica en su isla modelar de las *French West Indies* incluso después de tantos años y se abre, con miras a la fase de aceleración actual en detrimento hacia aquella isla-isla Rapa Nui, evocada por Edouard Glissant en su último texto³⁵, en la que se pueden hallar e inventar líricamente densificadas todas las polarizaciones posibles de una tierra magnética.

6. Rodrigo Rey Rosa

Nuestro primer ejemplo para mostrar la transrealidad de las literaturas (americanas) del mundo a lo largo de la cuarta fase de globalización acelerada, se sitúa en el campo de tensiones árabe-americano entre Oriente y Occidente, entre el Mar Mediterráneo y el espacio circuncaribeño en el occidente del mundo árabe y descansa, tal como lo hiciera la escritura de Lafcadio Hearn, en los más diversos procesos de viaje. La figura indudablemente más enigmática de la novela *La orilla africana*, publicada primero en España en 1999, es un pastor que no cuida sus rebaños, como lo hiciera Enkidu en el canto épico *Gilgamesh*, en las amplias estepas de Mesopotamia, sino en las áridas y escarpadas regiones costeras al sur del estrecho de Gibraltar, muy cerca de la ya legendaria ciudad de Tánger. Es el incipit del texto escrito por Rodrigo Rey Rosa, autor guatemalteco nacido en 1958, el que nos introduce al mundo animista e irracional, lleno de ritos sacrificiales y amuletos de Hamsa, el pastor:

Hamsa se levantó cuando todavía estaba oscuro y el viento del Este soplaba con fuerza para hacer sonar el follaje de los árboles como mil maracas y silbar entre las peñas del acantilado, al pie del cual se estrellaban violentamente las olas del mar (17).

El madrugar del joven Hamsa se sitúa en un paisaje que al principio *únicamente* se logra aprehender como un paisaje sonoro, pero acuñado desde el primer momento por la violencia del viento y de las olas del mar, del Mediterráneo, en las costas marroquíes. Y de hecho, nos encontramos en la orilla africana del

³⁵ Véase Glissant, Edouard: *La terre magnétique. Les errances de Rapa Nui, l'île de Pâque. En collaboration avec Sylvie Séma*. Paris: Seuil, 2007.

Estrecho, lleno de peligros por las fuertes corrientes de marea que, junto con las embarcaciones que lo surcan constantemente, conforman el espacio natural de límites y movimientos en el que se desarrolla esta trama narrada con una enorme densidad literaria.

El argumento no inicia en la bulliciosa y cosmopolita atmósfera de Tánger, aquella ciudad fundada en el siglo V a. C. por los cartagineses, sino en una naturaleza más bien fragosa –que asimismo ha sido diseñada como paisaje de la teoría. Un corde rito del rebaño del pastor se había perdido a la víspera y Hamsa comienza a buscarlo, para lo que tiene que abrirse paso por la maleza y bordear las ruinas del ex “club náutico español” (18) para descubrir que el animal se encuentra, asustado y temblando al pie de un acantilado, “arrinconado entre dos peñas salpicadas intermitentemente por el reventar de las olas” (18). Es la imagen de una criatura que se siente acorralada y que en su desesperación no ve otra salida que lanzarse al mar. En el último momento, Hamsa logra sacar al extenuado animal del agua y llevarlo hacia donde está el rebaño. La relación entre el hombre y el animal desde un principio es de enorme importancia³⁶.

Esta escena introduce el primero de los 55 capítulos de la novela con enumeración romana y nos devela un universo que sólo en apariencia es un mundo de las fuerzas de la naturaleza de índole transhistórica. El mar conforma un límite peligroso –pero también es unión y perspectiva. En un día despejado se puede reconocer a simple vista la costa española, de noche se ve la luz intermitente, a lo largo del día se observa el paso incesante de los enormes buques. Y al anochecer se acercan los contrabandistas, como el tío de Hamsa, quien no solamente le trae al joven unos zapatos tenis Nike de imitación de los que Hamsa casi no se quiere separar, sino que también importa los sueños de una vida opulenta, una vida con autos poderosos y mujeres bellas; aquellos sueños que, como sabemos, afloran del lado africano del estrecho de Gibraltar.

En el diario devenir de Marruecos, de Tánger y sus alrededores fragosos se inserta desde un principio la historia del

³⁶ De los numerosos estudios de los llamados “Animal Studies” remitiremos a la importante investigación para el ámbito caribeño. Cfr. Meyer-Krentler, Leonie: *Die Idee des Menschen in der Karibik. Mensch und Tier in französisch- und spanischsprachigen Erzähltexten des 19. Jahrhunderts*. Berlin: Verlag Walter Frey - edition tranvía 2013.

colonialismo español, portugués, francés o británico, se remite a las ancestrales rutas romanas, por las que en otros tiempos se transportaban miles de leones con rumbo a los anfiteatros del imperio; se mencionan los barcos, en los que miles de marroquíes, miles de africanos desafían su suerte para llegar hasta la tierra prometida (y odiada) de Europa. Es un espacio altamente vectorizado, bajo cuyos movimientos actuales se ven y palpan los movimientos anteriores. Los bordes costeros del estrecho de Gibraltar conforman el paso de los sueños y de las pesadillas, de las migraciones y las persecuciones, del choche de las culturas y el autor guatemalteco sabe con virtuosismo poner transarealmente en escena.

Pero no solamente por mar, sino también por aire, este país ubicado en el estrecho se conecta con el resto del mundo. Además del marroquí Hamsa y la joven francesa, Julie, que vive con la acaudalada Madame Choiseul en un entorno idílico, en el que a su vez trabajan los abuelos de Hamsa para ganarse su pan diario, hay una tercera figura central, un viajero colombiano que supuestamente ha perdido su pasaporte, que completa una constelación triangular entre África del Norte, América del Sur y Europa occidental no sólo con miras a un amor deseado o anhelado, sino también en cuanto a su origen. Una constelación casual, sin lugar a dudas, pero no casualmente transareal.

El encuentro de estas tres figuras en su transitoriedad es comparable con la de los hoteles y los paraderos de mala muerte en los que vive el colombiano, que no sólo ha perdido su pasaporte, sino también cualquier meta y sentido en su quehacer diario. Las experiencias con las ramerías marroquíes, para las que al principio aún tenía suficiente dinero, forman un elemento constitutivo de aquella área de tránsito, en la que se mueven los protagonistas antes de volverse a perder: Tánger es área de tránsito.

La aventura amorosa que Julie tiene con el sudamericano –en cuyas manos ve por primera vez el búho herido que tanta fascinación ejercerá sobre ella– es de corta duración: perdura el consumo conjunto de unas drogas ligeras en el cuarto de hotel del colombiano. Poco tiempo después, a orillas del mar, ella le pregunta si no le molesta engañar a su mujer y cuando él le contesta con una cita de Chamfort, que su mujer pertenece a esa clase de mujeres a las que es imposible no engañar (Rey Rosa 108), ella da por terminada la relación. Los libros que se encuentran

esparcidos por el suelo en los cuartos de hotel del colombiano, al parecer tuvieron cierto efecto difuso en él, porque desde hacía tiempo se habían apoderado de él las ficciones y autoficciones:

No le gustaba mentir pero a veces la verdad acerca de sí mismo le parecía inaceptable y entonces se lo permitía, siempre con la intención de cambiar las cosas para que sus ficciones llegaran a coincidir con la realidad. Podía no estar casado, como lo estaba de hecho, ni ser un simple turista con el pasaporte extraviado. Se miró en el espejo (Rey Rosa 100).

Sin embargo, la mirada al espejo que había ayudado a tantas otras figuras novelescas a tomar conciencia de su propia persona no contribuye a esclarecer nada, sólo le lleva a descubrir un espejismo. Desde hace mucho se han apoderado de él las ficciones de su vida y de su nombre; pero son ficciones malas que él no logra aprovechar, así como tampoco puede servirse adecuadamente de las citas que se le ocurren. Únicamente al búho le sigue siendo fiel, lo atiende con cariño, incluso después de que le expulsan del hotel a causa del pájaro. Pero, ¿no es el vuelo del búho un signo de aquella sabiduría que nunca le llegará a él?

La diégesis marroquí de la novela con su relacionalidad norafricana-sudamericana-centroeuropea no solamente conforma un área de tránsito, sino también una transárea, en la que no son los trayectos de los personajes los únicos que se entrecruzan; asimismo se enlazan las lenguas y las culturas, sus costumbres, sus convicciones y sus concepciones de fe. Lo humano no tiene perdurabilidad –ni siquiera la historia colonial, aunque siga arrojando sus sombras.

A los tres protagonistas humanos, tan diversos entre sí, los une, como si fuera un *shifter* estructuralista, un enorme búho, que, por ser una criatura cautiva, cambia constantemente de dueño, pero logra fascinarlos a todos, ya que en el mundo árabe se les adjudica a sus ojos una fuerza misteriosa. Todos dirigen sus deseos desde diferentes perspectivas, pero en última instancia ella se sabe sustraer a los mismos. Después del intento fallido por parte de Hamsa de pasar la noche con Julie, quien a cambio del sexo había pedido que el muchacho pusiera en libertad al búho robado, lógicamente será el vuelo del pájaro ya recuperado hacia su libertad el que pondrá el punto final abierto y móvil a la novela desde el movimiento. Por eso, el último capítulo de la novela, que comenzara antes del amanecer, se inicia después del ocaso con el

vuelo del búho sobre aquel terreno escarpado, en el que había empezado la acción:

Se lanzó al vacío y voló con el viento hacia la luz que moría donde terminaba la tierra y sólo estaba el mar. Remontó el vuelo al pasar sobre el cobertizo del pastor, y, desde lo alto, alcanzó a ver a la mujer que ya se había calzado y andaba de prisa por el filete de hierba que bordeaba el camino asfaltado entre los muros. Se elevó hasta la cumbre del monte y vio, en la distancia, las luces vidriosas que iluminaban las colinas cubiertas por un manto de casas blancas que se perdían entre los pliegues del campo sediento y agrietado. Bajó para volar sobre las copas de los árboles hacia una casona abandonada en medio de un bosque tupido. Entró por una ventana y fue recibida por los gritos de los pájaros que ya anidaban allí. Recorrió la casona volando de cuarto en cuarto por los pasillos hasta que encontró una hendidura conveniente en la pared áspera y oscura de un desván, donde faltaban algunas tejas y las tablas del piso estaban rotas o completamente podridas (Rey Rosa 157).

El vuelo del pájaro vuelve a crear una vez más y *desde el movimiento* –esto es, no hay un punto de vista fijo– aquel espacio en el que coinciden y se vuelven a perder de vista los protagonistas de *La orilla africana*. Los movimientos de los animales inician y concluyen la novela, aunque será difícil que el búho se deje capturar de nuevo. A diferencia de los otros personajes de la novela, que en su profundo desgarramiento interno son seres sin residencia fija que pierden su camino en el espacio de tránsito de sus propios caminos de vida, sólo el pájaro logra encontrar una casa y convertirla en su residencia fija. En la relación entre el animal y el hombre al parecer es el hombre el que domina no animal; sin embargo es el animal el que, con su forma de vida, garantiza la continuidad de lo humano.

A través del búho vuelve a traslucir aquella sabiduría que desde la Antigüedad se vincula con su vuelo en las costas del Mediterráneo. Aunque fracasasen todos los intentos de los protagonistas por apropiarse del conocimiento sobre la convivencia; a pesar de que las parejas circunstanciales no logren entablar una relación duradera y pese a que las diferentes culturas no han encontrado caminos para entenderse: al final de esta novela ensamblada por breves capítulos, el mundo se reúne en el vuelo del búho; un mundo que en su fragmentarismo transareal es un

“mundo en/hecho pedazos”, tal y como lo formulara hace algunos años Clifford Geertz³⁷.

En esta novela, *La orilla africana*, Rodrigo Rey Rosa continúa con su afán de proyectar un mundo con sus contradicciones, sus conflictos y fragmentos en un ritmo narrativo que logra reunir fractalmente una totalidad de procedencias y diferencias en sus 55 capítulos breves de una longitud de 1 a 5 páginas. La diégesis de Marruecos, su área de tránsito, en donde el autor guatemalteco vivió por varios años, lejos de una América Central que se hundía en el terror, y también la estructuración conformada por áreas transareales pertenecientes a diferentes ámbitos culturales y geográficos, hacen que surja un espacio de experimentación, en el que se pueden ensayar y observar los límites de un saber con/vivir. Si la finalidad hubiera sido la unión, este experimento literario habría fracasado.

No en balde, la joven Julie es estudiante de arqueología y tiene como meta encontrar debajo de las calles de hoy, las calles del ayer, debajo de las lenguas de hoy, las lenguas del ayer, bajo las historias de hoy, las historias del ayer. Después de tantos siglos de saqueo, de invasiones y de explotación tanto colonial como imperial, la novela, que empezara con la angustia de un animal perdido, le concede la última palabra a la sabiduría del búho y a su vuelo en libertad. Él parece poder convivir con otras aves de diferente tamaño, color, procedencia bajo un mismo techo –no lejos de aquel estrecho de Gibraltar que no es el fin, sino la *mise en abyme* del Mediterráneo y que históricamente se abre hacia las relaciones transatlánticas y transpacíficas. En el vivir y sobrevivir del búho sale a relucir la esperanza de una convivencia, que se podría cumplir tanto en el estrecho de Gibraltar como en el estrecho de América Central.

7. Mario Vargas Llosa

Ya con los días contados, Paul Gauguin dejó vagar su mirada en mayo de 1903 en Atuojna, Hiva Oa, por última vez sobre el paisaje archipiélico de Oceanía que, como siempre, resplandecía en los rayos del sol poniente. Es una mirada nublada por las

³⁷ Cfr. Geertz, Clifford: *Welt in Stücken. Kultur und Politik am Ende des 20. Jahrhunderts*. Wien: Passagen-Verlag 1996.

lágrimas, plena de melancolía y nostalgia, bajo el signo del propio ocaso tan cercano:

Y añoró con más nostalgia que nunca la salud perdida. Cómo te hubiera gustado, Koke, poder trepar esos montes, el Temetiu y el Feani, de laderas boscosas y escarpadas, y explorar sus valles profundos, en pos de aldeas perdidas, donde vieras operar a los tatuadores secretos y te invitaran a participar en algún festín de antropofagia rejuvenecedora. Porque tú lo sabías: nada de eso había desaparecido en las intimidades recónditas de los bosques donde no llegaba la autoridad de monseñor Martín, ni la del pastor Vernier, ni la del gendarme Claverie (Vargas Llosa 502).

En la novela *El Paraíso en la otra esquina* de Mario Vargas Llosa, que aparece por primera vez en el año 2003 y con ello puntualmente para el centenario de la muerte del gran pintor francés, se perfila en los ojos casi ciegos, que aún poseen la profundidad de campo mental, de Gauguin, quien aparece como figura novelesca en general con su nombre de pila Paul o su apodo maorí, Koke, un paisaje archipiélico como múltiple personificación de aquello que el cuerpo del artista, carcomido por la sífilis, siempre había añorado. Porque es evidente que en su mirada surge un paisaje tanto antropomorfo como antropófago, en cuyas montañas y profundos valles se demarca no sólo un paisaje femenino semantizado, sino también el deseo férreo de poder acceder al mundo salvaje de la antropofagia, que se opone a todas las figuras “civilizantes” del poder colonial europeo y francés tan despreciada por la misma e imperturbablemente impone: contra los representantes de las iglesias católica y protestante, contra los representantes del poder del Estado, contra el predominio de todas las normas y formas de vida que había impuesto el colonialismo europeo en extensas áreas de las islas polinesias francesas. En esta mirada del cuasi ciego prevalece el deseo de poseer los otros cuerpos y tragárselos en un acto de revuelta contra todo aquello que en Francia se denominaba *mission civilisatrice* por parte de la potencia colonial. Pero desde las fechas del arribo del británico Cook y del francés Bougainville a Tahití, ebrios de la mar del sur, había comenzado –así le parecía a Gauguin– a oscurecerse el mundo claro y deleitoso de la Oceanía bajo el signo del colonialismo europeo.

Ahora bien, algunas líneas más abajo sucede que precisamente en una misión católica, la mirada de ciego apetito de Koke

recae en un grupo de niñas, que bien podrían contarse entre aquellas que de vez en cuando iban a su Casa del Placer gritando y riendo, para contemplar las fotografías pornográficas que tanto le encantaban al pintor a lo largo de las décadas. No obstante, en esta misión las niñas están jugando otro juego y han formado un círculo, hacia el que el pintor se siente irresistiblemente atraído:

Dispuestas en círculo y vigiladas por una de las monjitas, un grupo de alumnas entre las más pequeñas jugaba, en medio de un alegre vocinglerío. No era la resolana lo que deshacía esos perfiles y esas siluetas embutidas en las túnicas misioneras de las escolares que, aprovechando que la niña “de castigo”, en el centro, se acercaba a preguntar algo a una de sus compañeras, cambiaban a la carrera de posiciones en el círculo; era su decadente vista la que le borronaba la visión de ese juego infantil. ¿Qué preguntaba la niña “de castigo” a las compañeritas del círculo, a las que se iba aproximando, y qué era lo que éstas le respondían al despedirla? Era evidente que se trataba de fórmulas, que unas y otras repetían de manera mecánica. No jugaban en francés, sino en el amorí marquesano que Koke entendía mal, sobre todo en la boca de los niños. Pero inmediatamente adivinó qué juego era ése, qué preguntaba la niña “de castigo” saltando de una a otra compañerita del círculo y cómo era rechazada siempre con el mismo estribillo:

–¿Es aquí el Paraíso?

–No, señorita, aquí no. Vaya y pregunte en la otra esquina.

Una oleada cálida lo invadió. Por segunda vez en el día, sus ojos se llenaron de lágrimas.

–¿Están jugando al Paraíso, verdad, hermana? –preguntó a la monjita, una mujer pequeñita y menuda, medio perdida en el hábito de grandes pliegues.

Un lugar donde usted nunca entrará –le repuso la monjita, haciéndole una especie de exorcismo con su pequeño puño–. Váyase, no se acerque a estas niñas, se lo ruego (Vargas Llosa 503).

Por última vez en esta novela, el pintor francés rememora aquel juego infantil al que él mismo había jugado tantas veces en su niñez y había observado en repetidas ocasiones a lo largo de su vida. Es el juego del paraíso, que gira en el sentido literal de la palabra alrededor de la búsqueda del paraíso y por lo tanto inicia y mantiene en actividad un movimiento siempre inconcluso, que en el nivel coreográfico y en el nivel discursivo con toda razón merece llamarse “mecánico”. Es un juego, en el que a la “castigada” una y otra vez se le envía de un punto del círculo a otro, a otra “esquina”, para que quizás ahí se pueda enterar de dónde se

encuentra el anhelado paraíso. Es un juego que por su disposición circular y su mecánica oscilatoria remite a la parte medular de un reloj de cuerda, que no en balde se llama *Unruh* (oscilador o áncora), y en alemán también se refiere a inquietud y alteración, esto es, movimiento continuo. Vemos aquí, que el reloj de vida de Gauguin casi ya no tiene cuerda.

Bien, este juego infantil, al que parece como si se le hubiera dado cuerda, sirve como título para aquella novela que se sitúa diegéticamente en Oceanía, en Europa y en América y fue escrita por el que fuera galardonado con el premio Nobel, Mario Vargas Llosa: *El Paraíso en la otra esquina*. Esta voluminosa obra se enfila como por casualidad en aquella serie de novelas, cuyos títulos remiten a juegos infantiles y asimismo se sirven de su estructura de juego. Entre estas obras se cuenta, no lo olvidemos, también aquella novela experimental que se publicara en 1963 bajo el título de *Rayuela* y que cimienta la fama de su escritor, el argentino Julio Cortázar. Recordemos que se vincula también aquí el tema de la búsqueda con un juego infantil, aquí alrededor del cielo y del infierno, tal y como se puede ver en la traducción alemana *-Himmel und Hölle*. A diferencia de este juego de saltos literario estéticamente tan bien logrado, que acuñó en primera instancia el plan estructural de esta gran novela, el título de la obra de Mario Vargas Llosa apunta mucho más a las dimensiones del contenido y del tema de esta novela, que apareciera exactamente cuatro décadas después. El guiño de ojo intertextual no se puede pasar por alto.

No cabe duda: así como en *Rayuela*, también en *El Paraíso en la otra esquina* se inscribe en todos los capítulos la vana búsqueda de la felicidad; como en el texto de Cortázar, los protagonistas se mueven entre distintos continentes, por lo que no solamente las figuras de la novela, sino también el público lector tiene que saltar entre los distintos “mundos” transatlántico y transpacífico. Sin lugar a dudas, las dos novelas con sus movimientos de búsqueda aluden a una semántica de cielo y tierra que arrastra consigo a todos los personajes y tiñe toda la trama de la novela de algo así como una trascendencia desesperada y desesperante. No obstante, también aquí saltan a la vista las diferencias entre los mundos novelescos de Cortázar y de Vargas Llosa, en tanto la obra de este último muestra en el nivel de la estructura un dispositivo mucho más lineal y continuo que el texto bastante

más experimental de *Rayuela*, que le ofrece a su público lector la opción de una lectura lineal de los capítulos numerados que a fuerza queda inconclusa o una forma de lectura fragmentaria y discontinua que, si sigue un plan preconcebido (o quizás sin plan) salta de aquí para allá entre los diferentes capítulos. Ambas novelas tienen como motor los movimientos incesantes de un juego infantil; y ambas novelas tienen como fin la búsqueda del paraíso perdido. De ahí que América Latina, al igual que Europa, no se puede comprender y precisar desde Latinoamérica.

Se salta tanto en la novela de Mario Vargas Llosa como en la de Cortázar. Porque sólo un capítulo de cada dos le ha sido dedicado al pintor francés, Paul Gauguin, quien naciera el 7 de junio de 1848 en París y falleciera el 8 de mayo de 1903 en Atuona, en la isla Hiva Oa en las islas polinesias francesas. Todos los demás capítulos de los 24 que conforman el libro, remiten a la escritora francesa Flora Tristan, nacida el 7 de abril de 1803 en París y fallecida ya el 14 de noviembre de 1844 en Bordeaux y quien adquiriera fama de política, revolucionaria social y feminista.

Así, *El Paraíso en la otra esquina* no sólo aparece cuarenta años después de la novela *Rayuela* de Cortázar y cien años después del fallecimiento de Paul Gauguin, sino también doscientos años después del natalicio de Flora Tristan, quien nos legara, con los dos tomos de su relato de viajes publicados en 1837 sobre su viaje al Perú bajo el título *Pérégrinations d'une paria*, un texto que sigue fascinando hasta el día de hoy y que va más allá de lo literario-viajero para convencer incluso desde el punto de vista estético. Por consiguiente, se podría considerar la novela de Vargas Llosa como una novela de artistas emplazada con destreza por las fechas, que nos presenta la historia y las historias de dos destacados artistas franceses del siglo XIX desde la perspectiva de un novelista de la actualidad sin lugar a dudas destacadísimo.

Florita y Paul –la novela de Vargas Llosa nos devela poco a poco que se trata de la abuela y del nieto– se encuentran de diferente forma pero con aquel parecido que trae consigo el lazo familiar, en busca de la felicidad y más aún: en busca de su *propio* paraíso. Es un paraíso que no tiene nada que ver con el paraíso del cielo, sino que se trata de un Paraíso Terrenal, que no admite la promesa de una trascendencia. Desde el íncipit del primer

capítulo, dedicado a Flora Tristan, afloran los contornos del paraíso soñado por Florita:

Abrió los ojos a las cuatro de la madrugada y pensó: “hoy comienzas a cambiar el mundo, Florita”. No la abrumaba la perspectiva de poner en marcha la maquinaria que al cabo de algunos años transformaría a la humanidad, desapareciendo la injusticia (Vargas Llosa 11).

Es la alborada, no a altas horas de la noche de una vida menguante como en el último capítulo de la novela, dedicada al nieto de Florita, Koke, en las islas Marquesas, sino un arranque lleno de vida en el amanecer, aun antes de que el sol saliera en Francia. El madrugar de la feminista francesa indica que aquí estamos delante de una militante, cuyo reloj interior, medido en las normas existentes, se ha “adelantado”. En la luz de las ideas de Fourier y Saint-Simon, pero sobre todo en la luz de sus propias ideas, para Flora Tristan nada debe seguir así como está.

Con toda razón se podría destacar que toda escritura en las literaturas del mundo se puede interpretar y entender como una escritura después del paraíso³⁸ (o su equivalente). Es así, porque la concepción del Paraíso Terrenal en las literaturas del mundo contiene desde siempre la búsqueda de formas y normas de un saber de vida que se presenta como un saber con/vivir, que se refiere esencialmente a la convivencia en paz y con las diferencias culturales. En tanto este saber siempre ha sido un saber, donde la idea del paraíso invariablemente viene acompañada de cuadros de la expulsión de paraíso, la con/vivencia –no importa si la buscamos o analizamos en el *Génesis*, el canto épico del *Gilgamesh* o en el *Shi Jing*– se presenta fundamentalmente como un saber del paraíso después del paraíso, esto es, después de la expulsión del jardín del Edén.

Sin embargo, a partir de esta concepción de una escritura después del paraíso, surgen nuevas sendas en busca del paraíso: se asemejan a los senderos que se bifurcan en un jardín³⁹, en los que esta búsqueda se podría comprender fácilmente como un anhelo surgido antes del paraíso, tanto desde la perspectiva

³⁸ Véase Ette, Ottmar: *Konvivenz. Literatur und Leben nach dem Paradies*. Berlin: Kulturverlag Kadmos 2012.

³⁹ Cfr. las ficciones friccionales publicadas por vez primera en 1941 de Jorge Luis Borges: Jardín de los senderos que se bifurcan. En: (íd.): *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé Editores 1956.

temporal como espacial. Sin embargo, ¿qué sucedería si en esta búsqueda de un paraíso también hubiera un *detrás* del paraíso?

En su famoso ensayo “Über das Marionettentheater”, la escritura de Heinrich von Kleist nos refiere que después de la expulsión de Adán y Eva del paraíso –y con ello después de la primera aplicación de violencia física en la ficción histórica de la humanidad en el *Génesis*– nos es vetado el retorno al Edén y lo seguirá siendo por el resto de los días. Pero tal y como lo expresa Kleist en su texto, la literatura no debe perder todas las esperanzas: “El paraíso está tapiado y el querubín detrás de nosotros; tenemos que dar la vuelta al mundo para ver si quizás esté abierto en alguna parte de atrás (Kleist 559).

La literatura en cuanto arte es precisamente un intento. Puede ser que de esta manera se puedan entender mejor los paraísos de la militante Florita y del pintor francés Koke: paraísos paradójicos, en los que aún tienen cabida los ilustres modelos del purgatorio y del infierno. Paraísos de lo paradójico, en los que la felicidad del propio quehacer siempre viene acompañado de la desgracia de las limitantes, sí, incluso de nuestro fracaso. Pero, de qué forma se podrían caracterizar los patrones de movimiento de los protagonistas en la novela. ¿Pudo huir realmente un Paul Gauguin de la *civilisation* europea o en especial la francocentrista?

De hecho, el pintor francés nunca había abandonado realmente el ámbito de Francia y sus colonias o la esfera de influencia inmediata, si dejamos fuera una estancia más larga en Lima durante su infancia y un intermezzo infeliz con su esposa Mette-Sophie Grad en la patria de ésta, Copenhague. Las coreografías de su vida se pueden sistematizar con facilidad y se conjuntan estelarmente en París, su ciudad natal. En la diégesis de la novela se focalizan los movimientos de París a Perú y de vuelta, de París a la Bretagne y de regreso, de París a Copenhague y de vuelta, de París al sur de Francia y de regreso, de París al Caribe francés y a la construcción del Canal de Panamá y de regreso, de París a Tahití y de retorno y finalmente de París de nuevo a Tahití y de allí, a las islas Marquesas, que asimismo pertenecían a Polinesia francesa y por ende al imperio colonial francés. Al final de estos movimientos inquietos ya no hay camino de retorno a París. Ya sólo aparece el archipiélago japonés en el horizonte: inalcanzable.

Si se contemplan los movimientos de Florita, tal y como están inscritos en la diégesis novelesca de Vargas Llosa, encontramos sorprendentes paralelismos. Al principio, los numerosos viajes, casi todos muy cortos, a las inmediaciones de París, después el largo viaje al Perú, que Flora Tristán desarrollara en sus famosas *Peregrinaciones de una paria*, al final su gran viaje de conferencias que le llevará al sur de Francia. Para Florita tampoco hay un sendero de vuelta a su ciudad natal, París.

Tanto en la abuela como en el nieto los patrones de movimiento hermenéuticos no desembocan ni en una ortodoxia lineal ni en un círculo cerrado: los círculos de vida de ambas figuras ya no se cierran. La muerte les sorprende lejos de aquel sitio, que para ambos tenía tanta importancia: París –en el sentido que le diera Walter Benjamin, y seguramente también en el de Flora Tristán y Paul Gauguin, sin lugar a dudas la capital del siglo XIX.

Sin embargo, París nunca hubiera podido ser el centro de los sueños ni para Flora, ni para Paul. Porque la capital francesa en su pensamiento histórico-humano nunca habría podido convertirse en el paraíso urbano, en su propia concepción de paraíso de estos dos grandes artistas. Por motivos muy diferentes, el centro de sus movimientos, París, era centro de movimientos centrifugales y centripetales: esto es, de una vectoricidad que sin cesar cambia el rumbo de sus movimientos. La mecánica de estas dos vidas se asemeja a la mecánica de un engranaje complicado, movido por un oscilador y un resorte. Aunque al principio a Flora y a Paul parecía como si se les hubiera dado *cuerda*, su reloj vital se desgasta inexorablemente. Ambos son víctimas de su propia economía del desgaste: un agotamiento que los llevó a altísimos rendimientos creativos, pero los maniobró también hacia su propio hundimiento. A diferencia de Mario Vargas Llosa, las dos figuras no logran mantener una tensión larga y fructífera entre creación y extenuación. ¿No será éste el secreto de la creación y de la creatividad?

El peruano Mario Vargas Llosa ha reflexionado y aumentado como ningún otro autor latinoamericano con toda consecuencia la diégesis de sus novelas y cuentos, y no solamente en el nivel geográfico. Del mundo urbano en la costa peruana en *Los jefes* (1959) o *La ciudad y los perros* (1963), incluye ya en *La casa verde* (1965) la selva amazónica peruana y en *Lituma en los Andes* (1993) la cordillera andina; integra Brasil en *La guerra del*

fin del mundo (1981) y el Caribe en *La fiesta del Chivo* (2000) para abrirse al espacio de la Oceanía en *El Paraíso en la otra esquina* (2003) y al África en *El sueño del celta* (2010). Así, la obra narrativa de Mario Vargas Llosa se ha ocupado con aquellos horizontes y dinámicas en un sentido profundamente transareal, tanto histórico-espacial como histórico-dinámico, sin lo que América Latina no podría ser pensada y entendida.

América Latina entre Europa, África, Asia y Oceanía: en estas líneas de fuerza, las creaciones literarias de León Africano, Garcilaso de la Vega, el Inca, José Joaquín Fernández de Lizardi, Patricio Lafcadio Tessima Carlos Hearn, Rodrigo Rey Rosa y Mario Vargas Llosa señalan con contundencia cuán fundamental es la transarealidad de las literaturas del mundo para la literatura latinoamericana. Los textos reunidos en este ensayo lo ponen de relieve gracias a su vectoricidad en el traspaso de los milenios: no se podría comprender de ninguna manera la América Latina sólo desde su propia área a lo largo de las diferentes fases de globalización acelerada. También en este ámbito, las literaturas de América Latina son un ejemplo del pensamiento y una escuela de la teoría en tanto su percepción es multiperspectivista y no limitada a un sólo punto de vista y por lo tanto son imprescindibles para poder concebir, pensar, leer y vivir el mundo del ayer y el mundo del mañana de manera transareal y polilógica.

Bibliografía

Barthes, Roland. *Comment vivre ensemble. Simulations romanesques de quelques espaces quotidiens. Notes de cours et de séminaires au Collège de France, 1976 - 1977*. Paris, Seuil, IMEC, 2002.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo Sarniento*. Prólogo de Jefferson Rea Spell. México, Editorial Porrúa, 1970.

Garcilaso de la Vega, el Inca. *Comentarios reales de los Incas*. 2 tomos (tomo 1). Prólogo, edición y cronología Aurelio Miró Quesada. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.

Gruzinski, Serge. *Les Quatre Parties du monde. Histoire d'une mondialisation*. Paris, Editions de La Martinière, 2006.

Juan Leo Africano. *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*. Traducción, introducción, notas e índices: Serafín Fanjul con la colaboración de Naida Consolani. Granada, El legado andalusí-Lunwerg editores, 1995.

Kleist, Heinrich von. *Sämtliche Werke und Briefe in vier Bänden* (tomo 3). Editadas por Ilse-Marie Barth, Klaus Müller-Salget, Stefan Ormanus y Hinrich C. Seeba. Frankfurt am Main, Deutscher Klassiker Verlag, 1987.

Lafcadio Hearn. *American Writings*. Ed. Christopher Benfey. New York, Library of America, 2009.

Mataix, Remedios. “Inca Garcilaso de la Vega: apunte biográfico”. En: http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/incagarcilaso/pcuartonivel.jsp?conten=autor

Rey Rosa, Rodrigo. *La orilla africana*. Prefacio de Pere Gimferrer. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1999.

Sánchez, Luis Alberto. “La literatura en el Virreinato”. *Historia del Perú. Tomo VI: Perú colonial*. Lima, Editorial Mejía Baca, 1980.

Schubarth-Engelschall, Karl. “Leo Africanus und seine Beschreibung Afrikas. *Beschreibung Afrikas*, Johannes Leo Africanus. Leipzig, VEB. F. A. Brockhaus Verlag, 1984.

Tristán, Flora. *Peregrinaciones de una paria*. Con prólogo de Mario Vargas Llosa. Estudio introductorio de Francesca Denegri. Lima, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán / Fondo Editorial, 2003.

Vargas Llosa, Mario. *El Paraíso en la otra esquina*. Madrid, Santillana Ediciones, 2008.

Recibido: 31 de octubre de 2018. Revisado: 16 de noviembre de 2018.
Publicado: 31 de enero de 2019. *Revista Letral*, n.º 21, 2019, pp. 65-112.
ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi21.8105>